

BOLSIBROS BRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

**¡ DUERMETE,
QUERIDA !**

Silver Kane



SS

SERVICIO SECRETO



SILVER KANE

¡DUÉRMETE, QUERIDA!

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.426

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 37.771 - 1977
Impreso en España - Printed in Spain

2.ª edición: diciembre, 1977

© Francisco Bruguera 1958

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1977

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319. - El sheriff y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.423. - La torre del silencio.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736. - Infierno, capital: Dodge City

En Colección KANSAS:

666. - Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.014. - Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502. - Ni más ni menos que un hombre.

En Colección COLORADO:

637. - Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751. - Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

787. - Cada hombre en su tumba.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

413. - La casa de los siete ahorcados.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78. - Mariposas negras.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

15. - Un "Colt", una mujer y un diablo.

En Colección LA HUELLA:

80. - Manchas de sangre en los ojos.

En Colección BRAVO OESTE:

881. - ¡Maldita sea tu estrella!

CAPÍTULO PRIMERO

La mujer era alta, rubia, esplendorosa. Tenía los ojos azules, pero metálicos y fríos, como el azul del acero bien trabajado. Tenía un busto apretado y firme y unos labios rojos y entreabiertos como una obsesión. Tenía también una «Luger» en su mano derecha.

Junto a cosas tan bellas y atractivas, la «Luger» era algo repelente, como una serpiente en el tocador de una *vedette*.

Pero la mujer la empuñaba como si fuera un lápiz de *rouge* o un frasquito de esencia oriental. Para ella, la «Luger» era algo familiar. Era como una prolongación de sus manos delicadas y su busto desafiante.

El hombre que estaba ante ella gruñó:

—Esto lo pagarás caro, Sandra.

—¿Sí?

Su voz era suave, pero tan burlona y cruel como un himno funeral en un banquete de bodas.

—No conseguirás nada. Erna vendrá en compañía de alguien. Si disparas, la policía italiana te perseguirá. No lograrás salir de aquí. ¡Serás acorralada!

—No hables tan aprisa, cariño. Puedes morir ahogado si se te traba la lengua.

—Nunca creímos que fueses una maldita espía, Sandra.

—Son muchas cosas malditas, cariño. Si supieras la lista entera, te desmayarías de emoción.

Los ojos del hombre brillaron como dos bengalas.

—Maldita seas, Sandra. Malditos sean tu piel, tus ojos y tu sangre. El día que te uniste a nosotros debimos haberte ahorcado.

—Lo curioso —sonrió ella—, es que ésta no es mi primera misión relacionada con la guerra de Argelia.

—¿Qué dices?

—Aquella conducción de armas que tenía que llegar a través de

la frontera de Túnez, y que no llegó nunca, la desbaraté yo. Ésa fue mi primera misión, cariño. Siete de vuestros hombres muertos y un cargamento que valía más de cien mil dólares enviado al diablo. Mi segunda misión es ésta, la que estoy realizando ahora. Misión de castigo.

—¿Qué significa eso? ¿A qué has venido a Roma?

—A matar.

Y Sandra sonrió delicadamente cuando los dientes del hombre empezaron a rechinar. Estaban en una casa de recreo, una especie de *bungalow* cerca del Tíbet. Delicados juncos crecían hasta la orilla y olorosas flores se extendían como una alfombra alrededor de la casa. Columnas rotas, al estilo de las antiguas ruinas itálicas, adornaban el jardín. Y a lo lejos, titilando entre las colinas, se divisaba la magia de las luces de Roma.

Sandra era como un adorno más en aquella casa donde todo era armonioso, acogedor, perfecto. En aquella pieza de paredes de delicado color salmón, decorada con cien objetos artísticos y con acuarelas de las mejores firmas europeas, Sandra era una belleza más, un toque definitivo de distinción, una escultura vibrante y perfecta. Pero para el hombre que tenía enfrente, un argelino de unos treinta años y ojos profundamente negros, Sandra no era más que una «Luger» en disposición de disparar.

—¿A quién piensas matar? —susurró.

—A todos los perros sarnosos que vayan llegando a esta casa. Tú tienes el honor de ser uno de ellos, Efrek. Te mataré limpiamente, de un balazo entre las cejas y sin hacerte sufrir. Pero en cuanto a Erna, puede que me sienta cruel y me entretenga un poco.

—Te repito que Erna no vendrá sola. Y los que vengan acompañándola se divertirán contigo antes de matarte, Sandra. Te juro que saben hacerlo.

—Lo supongo.

En aquel momento los ojos del argelino brillaron intensamente. Fue una estratagema para que Sandra se volviese y poder entonces saltar sobre ella. Sandra lo adivinó y no movió un solo músculo. Con voz apagada dijo sencillamente:

—Reza.

—¡No puedes matarme así!

—Tú has matado así a docenas de hombres y a docenas de

mujeres. Reza.

Efrek empezó a temblar. Se sometió con demasiada resignación y sin ninguna otra protesta. Sandra se dio cuenta instintivamente de que aquello no era lógico y de que era ahora cuando el peligro estaba a su espalda. Se volvió rápidamente, haciéndose a un lado. El disparo que iba dirigido a su nuca restalló contra una de las paredes e hizo añicos la figurilla de cristal de murano que había sobre uno de los estantes de la biblioteca.

El hombre y la mujer que acababan de entrar se ladearon. Efrek, ciego de rabia, se abalanzó sobre Sandra y trató de arrebatarse la «Luger». Ella logró hacerse hacia atrás, ponerle una pierna por delante y hacerle caer de bruces aun a costa de desgarrarse una de sus delicadas medias de nylon. Otro disparo, demasiado precipitado, hizo añicos uno de los cuadros. Sandra se dejó caer de rodillas al suelo, apretó el gatillo una vez y el hombre que acababa de entrar lanzó un alarido gutural, mientras la bala penetraba por el centro geométrico de su cabeza y la hacía abrirse en dos mitades.

La mujer también había extraído una pistola y, seguramente, hubiera podido exterminar a Sandra de no haberse puesto en medio Efrek, como un muñeco. Estaba tan rabioso que quiso abalanzarse sobre Sandra sin darse cuenta de que su «Luger» sería siempre más rápida que sus manos. Y la «Luger» de la mujer ladró otra vez, y Efrek cayó al suelo retorciéndose con la aorta destrozada.

Dos hombres habían muerto en menos de dos segundos. La mujer que acababa de entrar quiso abalanzarse hacia la puerta, que aún estaba abierta, y salir de la habitación. Sandra la inmovilizó con sólo dos palabras:

—¡Quieta, muñeca!

—¡Pagarás esto, maldita! ¡Te destrozaremos como fueron destrozados los habitantes de Meluza! ¡Te convertiremos en un guiñapo para divertir a los hombres de nuestra raza!

—Eso mismo decía Efrek, y ahora está muerto. ¿Se ha divertido mucho él, Erna? ¿Qué te parece?

—¡Sólo sé que ninguno de los que nos traicionan continúa vivo para contarlos!

—Yo no traiciono, Erna. Es mi oficio, como el oficio de otras es bordar pañuelos. Y ahora entra, muñeca, y no te quedes en la puerta expuesta a la corriente de aire. Me sabría mal que

enfermaras de una pulmonía, con lo mucho que te quiero.

—¡Perra!

—Vamos, amor. ¿No se te ocurre nada más original que eso?

Erna entró y sus ojos, profundamente negros, unos ojos de brillo intenso y africano, parecieron atravesar con su mirada la piel fina y aristocrática de Sandra, una piel que, sin embargo, había probado ya todos los climas, todos los golpes y todos los peligros. Sandra sonrió mientras la veía entrar, la veía sentarse y la veía cruzar las piernas con un ademán estudiado, como si ella fuera un hombre y aquellas discretas exhibiciones hubieran de impresionarla.

Los dos cadáveres seguían derramando poco a poco toda la sangre contenida en sus cuerpos.

—¿No tienes miedo a que alguien haya oído los disparos? —preguntó Erna—. ¿No tienes miedo a que lleguen los carabinieri y te envíen al diablo con tu sonrisita y todo?

—Si vosotros elegisteis este lugar es porque desde el exterior no se oyen los disparos y porque por aquí no se acercan los carabinieri, muñeca.

—¿Cuál es tu juego, Sandra? ¿Qué clase de traición es ésta? Si buscas dinero, puedo proporcionártelo. Esos dos no valían demasiados dólares, pero yo sí que los valgo. Puedo convertirme en una mujer rica. El negocio permite que nos bañemos en oro las dos.

—Prefiero bañarme en agua de rosas, amor. Guarda el oro para tu sucia piel de africana.

—No sabía que fueras una cochina francesa, Sandra.

—No soy francesa, aunque me gusten las medias de Christian Dior y los perfumes parisienses.

—Pero trabajas para ellos.

—¿Quién lo ha dicho?

Erna movió sus manos morenas como si sintiera deseos de saltar y estrangularla.

—¿Qué significan esos muertos? ¿Hubieras disparado si fueses adicta a la causa de la libertad de Argelia? ¿Para quién puedes trabajar, si no es para los podridos franceses?

—Yo soy norteamericana, Erna. Os lo dije desde el principio y fue quizá la única cosa en la que no os engañé.

—Puedes ser norteamericana, pero trabajas para París.

—¡Oh, qué falta de delicadeza! Las mujeres que trabajan para

París son las mamás, las manicureras y las modistillas. Yo sólo trabajo para mi país, y lo hago con herramientas de la mejor calidad, como esta «Germán Luger».

—¡Dime al fin quién eres, si puede saberse! —Escupió Erna—. ¡Suelta de una vez tu maldito nombre!

—Mi maldito nombre es el que ya conoces; Sandra.

Y en cuanto a mi personalidad, soy una agente del CIA de servicio en el exterior para evitar el contrabando de armas con Argelia.

—¡Ése no es asunto vuestro! ¡Si nosotros compramos armas en Túnez, en Egipto o en Turquía, nadie puede impedirlo! ¡No hay razón para que un organismo yanqui esté actuando en un negocio así!

—Cuando se trata de armas yanquis sí que hay razón, cariño.

Erna se mordió los labios con tal rabia que se hizo sangre en ellos.

—¿De qué armas yanquis estás hablando?

—De los cargamentos que salen en las costas de Florida y van a Argelia a través de Marruecos o de Túnez. Ése contrabando es un buen negocio para los gangs y mi país quiere acabar con él, como quiere acabar con otras actividades ilegales. Por otra parte, ve comprometida su neutralidad si consiente que en Argelia se empleen armas construidas en Kentucky. Y hay algo más: Ese tráfico es lo bastante interesante y lucrativo para que dé origen a frecuentes asesinatos. De modo que ésas son las razones de que CIA me enviara a Argelia con una misión que cumplir: Acabar con ese tráfico y descubrir a los traficantes.

—Y nos conociste a nosotros... —dijo sordamente Erna.

—Os conocí a vosotros, amor. La más hermosa cuadrilla de asesinos que he visto ladrando sobre la tierra. He vivido en los peores lugares de Argelia, os he visto actuar y mi odio ha ido creciendo cada día, cada hora... Ansiaba que me diesen esta orden: «Operación de castigo». No he llegado a descubrir a vuestros jefes, pero creo que he deshecho toda la organización. Mis compañeros en Norteamérica harán el resto. Quizá yo hubiese permanecido más tiempo en África y en Italia, trabajando este asunto, pero la muerte de Lucila, que era mi ayudante sin que vosotros lo supierais, precipitó los acontecimientos. Aunque resulte poco femenino, ardo

en deseos de matar, Erna. Ardo en deseos de apretar el gatillo y cribar tu hermosa piel de aceituna africana. Detrás de mis ojos laten los ojos de un asesino, Erna. Lo siento, pero es así.

Erna se estremeció, y sus manos arañaron los brazos del sillón en que estaba sentada.

—Te estás condenando a muerte, Sandra. Sabes que esto no puede terminar así. Sabes que en Argelia hay hombres que te perseguirán hasta que pagues esto con tu sangre.

—¡Hum! Es muy problemático. Aún tengo que cumplir otra misión, pero esta misma noche salgo para Niza y desde allí marcharé a Nueva York en vuelo directo.

—¿Por qué nos odias tanto, maldita? ¿Por qué no aceptas un acuerdo que te podría convertir en una mujer rica y envidiada? Tenemos oro, Sandra, un oro que...

—Un oro que no aceptaré.

—¿Por qué?

—Porque vi cómo Lucila era entregada a los salvajes guerrilleros de las montañas, sin poder hacer nada por defenderla ya que mi misión no estaba terminada aún. Porque oí sus alaridos durante toda la noche y porque tuve ocasión de alegrarme cuando al fin la asesinaron. Porque vi degollar a docenas y docenas de hombres en Meluza y tuve que mantener una sonrisa en los labios como si yo fuera uno de los vuestros. Porque he visto ultrajar a mujeres delante de sus maridos y luego he visto degollar a sus hijos. Porque he visto en Argelia lo que nunca esperé ver. Por eso os odio, Erna. Y si puedo perdonar a los que luchan por una causa que crean justa, no puedo perdonar, en cambio, a los que comercian y se enriquecen con la sangre de los demás. No puedo perdonar a los mercaderes de guerras, Erna, y vosotros no sois otra cosa. Por eso me he alegrado tanto al recibir la orden para la operación de castigo. Por eso he disfrutado al quitarme la careta ante Efrek y al rociar con plomo los cuerpos de esos dos asesinos. Ahora te corresponde a ti, Erna. Ahora tu fina piel es mi máxima ilusión en estos momentos, para llenarla de botones elegantes, como los que se llevan en los últimos modelos de París.

Sonrió un poco, levantando la pistola. Erna, morena y africana, una auténtica llama negra, se estremeció.

—No serás capaz de hacerlo, Sandra.

—¿De veras crees que no? Me importas menos que un insecto, Erna. Hay miles de millones de animales que merecen la vida más que tú.

—Sandra, mañana iba a casarme. Hasta una mujer como yo puede estar enamorada. Si hemos venido a Italia ha sido porque yo iba a encontrarme aquí con el hombre a quien quiero. ¡No puedes matarme, Sandra, cuando va a empezar el día más hermoso de mi vida de mujer!

—Tú no tienes vida de mujer, Erna, sino vida de serpiente. Pero la operación de castigo no puede esperar. Reza.

Erna miró con horror a los otros dos muertos, que ya se habían desangrado completamente. Miró con horror la negra boca de la «Luger» y supo que aquello era el fin. Aullando, saltó.

Sandra tenía la misma sonrisa seca en los labios. Disparó una vez, y hubo bastante.

Pero siguió disparando hasta que no le quedaron balas, hasta que el cuerpo de la mujer fue una masa que no hubieran reconocido ni los que le pusieron su nombre.

CAPÍTULO II

Hacía una hermosa luna, y el rumor de las aguas del río llenaba de armonía y de serenidad la campiña romana.

Al fondo, en un recodo del Tíbet, se veía iluminadas las cúpulas de la ciudad. Una noche plácida y tranquila, noche para enamorados, descansaba sobre la tierra eterna de Roma.

Sandra pensó en las parejas que se besarían a aquella hora por las calles del Trastevere, en los hombres y las mujeres que se jurarían amor y en los sentimentales que pasarían parte de aquella noche del sábado esperando una cita que no había de llegar junto a las escalinatas de la Plaza de España.

Se volvió y contempló los tres muertos en distintas posturas, de la que la más violenta era la de Erna.

Recargó la «Luger», puso el seguro y la guardó en su bolso como si fuera un objeto de tocador. Luego se ajustó el vestido y repasó la carrera de su media. Hecho esto, se olvidó nuevamente de que era mujer y se puso a registrar los cadáveres para no dejarles encima ningún documento de identidad.

Todos tenían documentación falsa menos Erna. Erna contaba con un permiso especial de residencia en Italia y llevaba en uno de sus bolsillos una licencia para matrimonio; así como también un fino cuchillo y un montón de liras y de dólares.

Sandra lo dejó todo menos los documentos de identidad. Una vez concluida aquella tarea, en la que puso todo el cuidado y la práctica de una verdadera profesional, encendió un cigarrillo, le dio una chupada y contempló por última vez el dantesco espectáculo que se ofrecía a sus pies.

Una típica «operación de castigo». Era la primera que realizaba, pero tenía que confesarse que le había salido bien.

Apagó la luz, cerró la puerta y salió de la casa, tras dirigir una última mirada a los cuadros, los objetos de cristal y las porcelanas

que adornaban el vestíbulo.

La casa estaba situada en un lugar muy apartado, sin duda buscado a propósito por los que la alquilaron, y Sandra tuvo que caminar durante más de media hora hasta llegar a un ramal de la autopista, donde había varias fincas y casitas residenciales. Allí tuvo la suerte de encontrar un taxi que alguien acababa de dejar libre.

Se acomodó en el asiento trasero y cerró los ojos. Sentía verdaderamente ansiedad por salir de allí. Sentía una verdadera ansiedad física, que ya se había hecho angustiosa, de llegar a Niza y tomar el avión que le conduciría a su tierra. Un cansancio que quizá nunca había sentido hasta entonces se adueñó de ella en esos momentos.

Al abrir los ojos de nuevo se dio cuenta de que el taxista la miraba con una sonrisa entre admirativa y burlona.

—¿Adónde vamos, reina?

—Al Albergo Anzio.

—Ése no es un hotel distinguido. Está en lo más hondo de los suburbios, y usted merece algo mejor.

La había tomado por la aventura galante de alguno de los propietarios de las torres residenciales que se alineaban a su izquierda. Sandra se encogió de hombros y murmuró:

—Me gustan los sitios que están en lo más hondo.

El vehículo se puso en marcha, y el conductor embolsó en la autopista para demostrar a su pasajera que a él no le daban miedo las velocidades. De vez en cuando volvía la cabeza, dirigía una rápida mirada a Sandra, que había cruzado las piernas y tenía los ojos cerrados otra vez, y le murmuraba algo acerca de las extranjeras que nunca han roto un plato y van a Italia o a España en busca de aventuras.

Aquel vehículo dio sin necesidad la vuelta entera a Roma. Sandra le dejó hacer porque verdaderamente aquellos momentos de quietud y de reposo le sentaban bien. Lo más difícil de su misión había terminado, y al pensar en el vuelo hasta Nueva York sentía una grata placidez.

Recordó de pronto los tres cuerpos retorcidos que había dejado en la villa cercana al Tíbet.

Extrajo los documentos de los dos hombres, los examinó más atentamente y los guardó en un departamento de su bolso. Hizo lo

mismo con los de Erna, conservando solo entre sus dedos la licencia matrimonial.

Al parecer, la que ahora estaba muerta y destrozada iba a contraer matrimonio al día siguiente con un tal Gino Castella, un italiano de treinta años que vivía cerca de la *Piazza Barberini*. Sandra se encogió de hombros otra vez, pensó: «Mala suerte», y guardó aquel documento con los otros, procurando no acordarse más ni de Erna ni de los buitres que con ella dormían el sueño eterno.

El taxista se volvió y dijo:

—Albergo Anzio, princesa.

Sandra miró a través de la ventanilla. Una calle que no era estrecha, pero que resultaba deprimente por el aspecto viejo y miserable de la casa, se extendía ante sus ojos. Aquí y allí, algunas mujeres fumaban a la sombra de los portales. Junto a ellas, a pesar de lo avanzado de la hora, jugaban los niños, en una estampa que tenía que sugerir algún triste pensamiento incluso en una mujer como Sandra. El Albergo Anzio era una especie de gruta situada entre dos casas leprosas.

—Gracias. ¿Cuánto le debo?

—Usted nada, emperatriz. Tiene unas vistas más bonitas que los valles del Tirol. Que le aproveche, diosa.

Sandra estaba habituada ya a que en los países latinos los hombres la trataran así. Sonrió, descendió del taxi y dejó caer disimuladamente un billete de diez mil liras en el asiento del conductor.

El hotel era tan deprimente que pensó si no habría sufrido error. Pero, no. Era éste. Las letras destacaban claramente en la negra fachada: Albergo Anzio. Unas enormes manchas de humedad y de salitre se habían formado en la entrada. Aquel hotel era la última caída, el más triste fin para un hombre que se había alojado en los mejores palacios del mundo.

Miró disimuladamente hacia atrás y vio a tres individuos sumidos en las sombras, esquivando todo lo posible la luz de los rótulos fluorescentes. Los tres tenían tipo de perros yanquis y no estaban allí por casualidad. Sandra les hizo desde la puerta una señal casi imperceptible, que los otros entendieron bien.

Los tres cambiaron de posición y se fueron aproximando poco a

poco a la puerta.

La encargada de recepción era una mujer que miró a Sandra con ojos mucho menos cordiales que los que con ella empleaban los hombres.

—Quiero ver al señor Harry Morton.

—No recibe visitas, caramelo. La mayor parte del día se lo pasa borracho.

—Pero ahora no es de día sino de noche. ¿Qué habitación ocupa?

—Si se atreve a entrar en el cubil de una fiera, vaya a la 18. Pero le aconsejo que toque el timbre de llamada en cuanto él empiece a ponerse tonto.

—Gracias; lo haré.

Fue a la habitación 18. La puerta estaba ligeramente entreabierta, y dentro sonaba un disco que tenía grabada una pieza de *jazz* progresivo, un *jazz* desgarrado, rugiente y amargo.

Sandra, sin llamar, entró. La gramola estaba a la izquierda en una mesita ocupada casi enteramente por botellas de licor. A la derecha había una cama, y sobre la cama un hombre.

Sandra entró, se sentó en una butaquita cercana a la mesa, cruzó las piernas y levantó el pick-up haciendo cesar la música.

El hombre que estaba en el lecho se incorporó un poco, se apoyó sobre el codo y la miró atentamente, de pies a cabeza. Al fin dijo:

—Menos exhibiciones, hermana. Lleva usted una carrera en la media.

—Resulta algo cambiado, con relación a la foto que me dieron —susurró ella con una estrecha sonrisa.

—En mejor, ¿verdad?

—No, en peor. La foto que me dieron era la de un hombre. Lo que aquí veo es un bicho detestable.

—¡Qué bien suena oír palabras finas en un inglés tan correcto, después de no escuchar más que imprecaciones en italiano! —dijo él—. ¿De dónde vienes, hada? ¿Te ha contratado el Gobierno como atracción turística? ¿Se permiten las fotografías?

—No eres más que un sujeto detestable, Harry. Sabes de sobra a qué vengo. Tenías que esperar que esto sucediese un día u otro.

Tenías que pensar que en nuestro país no se perdona a las hienas como tú.

—¡Bonito país el nuestro!

—¡Eso no te importa, Harry! Tú le juraste fidelidad y tú le traicionaste. Si aquello te gusta o no, ya no es cuestión mía. Ni tuya, puesto que vas a pasarte la vida sin ver más paisaje que el que te dejen divisar por entre las rejas.

—¿Y quién va a conseguir una cosa tan bonita? ¿Tú?

—Yo.

El hombre se levantó. Llevaba un pantalón bien planchado a pesar de todo, una camisa negra que ya no estaba de moda y un reloj de pulsera parado y que señalaba una hora absurda. Su poderosa musculatura destacaba impresionante bajo la tela de la camisa. En su cuello de toro se marcaban los tendones, los músculos, las fibras.

—¿Cómo te ganas la vida, Harry? —preguntó ella.

—Doy clases de lucha. Hay buen ambiente aquí.

—Lo creo.

Sobre el poderoso tronco, una mandíbula cuadrada, un rostro enérgico y unos acerados ojos grises parecían desafiar al mundo entero.

—¿Y das clases de lucha bebiendo todo el día? ¿Tiene una mucha fuerza cuando está borracho?

—Es una simple cuestión de tiempo. Todo consiste en saber cuánto puedo durar. Por ahora el alcohol no me ha dañado; luego veremos.

Sandra se puso en pie también, dio una vuelta por la mísera habitación, llena de botellas, trajes arrugados y revistas cubiertas de polvo, abrió un poco la ventana para que se airease aquello y luego se volvió de nuevo para contemplar al hombre.

—Está bien —dijo—. Te aconsejo que no pongas dificultades, Harry, y que no me obligues a actuar como me han enseñado a hacerlo. Un automóvil de la Embajada nos llevará a Ventimiglia esta misma noche. Desde allí saldremos hacia Niza, con cierto tiempo para tomar un avión en vuelo directo a Nueva York. Si tú quieres haremos el viaje muy cómodo, Harry. Igual que una pareja de novios.

Él se acercó a ella, la besó y luego le dio un empujón para

hacerla caer encima de la butaca.

—No era necesario esto —dijo Sandra, con los ojos llameantes, mientras dentro de su bolso sentía palpar la «Germán Luger» como una cosa viva.

—Tu credencial.

Sandra la mostró en la palma de su mano abierta.

—¿Qué has venido a hacer a Italia?

—Eso no te importa.

—Antes estuviste en Argelia, ¿no?

—¿Tiene eso algo que ver con nuestro problema, Harry?

—Supongo que debes ser una buena chica cuando te han enviado a sitios así. El número uno de tu promoción, o algo por el estilo. ¿Has terminado ya tu trabajo en este paraíso?

—Sólo me quedas tú, amor. Tú eres mi último trabajo. He de recogerte, empaquetarte y llevarte a los Estados Unidos sin pérdida de tiempo.

—¿Tú sola?

—Tengo tres gorilas ahí fuera, esperando. Ya conoces de sobra cómo actúan esos tipos agregados a las embajadas. Si quieres, los hago entrar.

—Luego los veré, preciosa. ¿Cómo te llamas?

—Sandra.

Era la primera vez que se veían, pero Harry tenía derecho a tratarla como a una compañera. Ambos pertenecían al mismo organismo. O más exactamente, ella pertenecía y él ya no. Harry era un tipo expulsado del FBI, al que se acusaba de traición y al que aquella monada quería llevar a Estados Unidos para que se pasase el resto de su vida meditando tras una reja.

—Debo hacerte una pregunta por simple curiosidad de mujer —suspiró ella mientras extraía una cigarrillo.

—Hazla.

—¿Cómo sucedió aquello?

—¿Te refieres al aviso que di a Milton advirtiéndole que los del FBI iban a cazarle?

—Sí.

—Ése es un asunto que no te importa, Sandra.

—Ya te he dicho que es simple curiosidad femenina.

—¡Le ayudé porque tenía que ayudarle! —gritó Harry mientras

sus dedos parecían tensarse en el aire—. ¡Mil diablos! ¡Milton era mi amigo, habíamos crecido juntos y pasado en común docenas de aventuras que nos unieron para siempre! ¡Un día se equivocó, vendió secretos atómicos a otra potencia y los del FBI le acorralaron! ¡Pero él seguía siendo mi amigo! Cinco minutos antes de que se montase la redada yo había conseguido avisarle y él escapaba del anillo. Creo que hice lo que tenía que hacer, y si volviese a encontrarme en iguales circunstancias creo que haría lo mismo. Fui un sentimental. ¿Y qué?

—Muy bien. Tú eras amigo de Milton y le avisaste. Pero eso constituye una traición.

—Tus sermones me importan menos que una rata muerta.

—¿Y ni siquiera te importó saber que, nuevamente acorralado, Milton había matado a un hombre para escapar? —preguntó Sandra.

—De eso yo no tuve la culpa. Y al fin y al cabo Milton ya pagó, puesto que lo mataron también. Tampoco me gusta hablar de este asunto, hermana, de modo que si quieres que esta conversación continúe háblame de la marca de *rouge* que usas para tus labios.

—Fue una lástima que por un tipo como Milton destrozases tu carrera —dijo tercamente ella.

—Ya te he dicho que haría lo mismo si me encontrase en parecidas circunstancias. Y empezemos a hablar claro de una vez.

—Estamos hablando claro desde el principio —dijo Sandra con una sonrisa indiferente—. No he podido ser más explícita ya desde el momento de entrar aquí: Dos misiones me trajeron a Italia, y una de las cuales ya está concluida. La otra era llevarte a ti a Estados Unidos, para lo cual cuento con la ayuda de determinados miembros de la Embajada, los cuales están ahí fuera con sus pistolas y sus porras de goma ya preparadas. Si tú quieres, no tengo más que llamarles, amor. Te empaquetarán y te sacarán de aquí sin dejarte tiempo ni para que te cambies esa horrible camisa negra. Pero si te pones razonable puede que yo te diga la marca de *rouge* que uso para los labios, vida.

—¿Cómo supisteis mi paradero? —preguntó secamente él.

—Nuestro servicio de información no descansa, Harry. Al principio tu estratagema salió bien, porque en vez de buscarte en una ciudad tan conocida como Roma se empezó a indagar por los

lugares más raros e inhóspitos del mundo. Todo el que había tenido relación contigo te suponía en Rusia, en cualquier país satélite o en alguna república de América del Sur. Pero tú estabas en Roma, como quien dice en el centro del Universo, pensando que pasarían siglos antes de que se les ocurriese buscarte aquí. Esto te habrá enseñado que no se puede confiar indefinidamente en la estupidez humana, Harry. Los miembros de los servicios de información yanquis son bastante incompetentes pero al fin acababan dentro con la pista.

—Eso me consuela.

—¿Llamo a mis amigos o prefieres que salgamos como dos enamorados, Harry? Quiero evitar toda clase de violencias con un antiguo compañero. Incluso tengo preparada una cantidad para satisfacer la cuenta de este hotel.

Él la miró como si contemplara un bicho raro, y como si de repente se le hubiera ocurrido que aquella mujer de soberana hermosura era también un agente del FBI lo bastante importante para que se le encargasen misiones especiales sin ayuda de nadie. Probablemente aquella chica era un portento. Y Harry se admiró de que tras aquellas curvas pudiese haber también la gran cantidad de decisión, frialdad de espíritu, valor y preparación que hacen falta para misiones especiales en el extranjero.

Pero a Harry no le gustaban los portentos, y si eran mujeres muchísimo menos.

—¿No necesitas ninguna comprobación más para detenerme? —preguntó con sequedad—. No te has asegurado demasiado bien de que yo sea Harry Morton.

—Tenemos tu confesión, tu fotografía y tendremos tus huellas dactilares, cariño.

Él lanzó una carcajada violenta y agresiva, mientras mostraba sus manos. Las yemas de los dedos habían sido materialmente abrasadas por el fuego o por el contacto de algún ácido. Aquel hombre no tenía huellas dactilares. Sus dedos terminaban en unas superficies lisas, negruzcas, parecidas a la terminación de las garras de una fiera.

—Eres un miserable, Harry —susurró Sandra poniéndose en pie—. Un miserable y un cobarde que no se atreve a afrontar las consecuencias de sus actos. Lo que has hecho con tus dedos es

propio de un perro acorralado que ha perdido ya hasta los últimos vestigios de su dignidad de hombre.

—No soy más que un perro acorralado —sonrió él—, pero, de todos modos, te aseguro que me dolió como si fuese un hombre. Me quemé los dedos yo mismo, poco a poco, para que desaparecieran las huellas dactilares. Fue un trabajo lento y agotador, que duró toda una noche. Después de un dedo otro —rió, como si aquel recuerdo le pareciera divertido—. Hay muchos que han intentado destruir sus huellas por ese procedimiento, pero muy pocos o nadie lo han conseguido. Yo sí porque me abrasé materialmente hasta el mismo hueso, y además lo hice con lentitud.

—No eres más que un perro cobarde —repitió sordamente ella, mientras tiraba al suelo su cigarrillo sin encender.

—De acuerdo, Sandra, pero tendrás que demostrar de una manera indudable que Harry Morton soy yo o pediré protección a las autoridades italianas. Tengo permiso de residencia aquí. Aunque hayáis solicitado la extradición, no podréis hacer nada legalmente.

—No pretendo hacer nada legal, amor. De sobra conoces los procedimientos que se emplean en país extranjero.

—Un simple rapto, ¿eh?

—Sí, amor. Y en el automóvil ya tienes la documentación preparada a nombre de Philip Johnson, fabricante de bombillas que está representando en Italia el papel de turista idiota. No faltará ningún detalle, cariño, para que puedas pasar por Ventimiglia y tomar el avión en Niza. ¿Quieres acompañarme por las buenas o llamo a mis amiguitos?

Francamente, Sandra no esperaba la respuesta del hombre.

—Llámalos.

—Sabes que no tienes escapatoria, Harry, y que si te resistes las cosas van a ser peores para ti. Sé razonable y no nos obligues a dar un espectáculo en este cuartucho.

—No he tenido dinero para pagar otro, Sandra. Vamos, llámalos.

La «Luger» apareció como por encanto en la mano de la muchacha.

—No te muevas, Harry.

—No, amor. Lo que tú digas.

Sandra sabía que uno de los gorilas estaría ya junto a la puerta. La abrió con el pie, sin dejar de apuntar a Harry, y con la mano que

tenía libre hizo una determinada seña.

Uno de los hombres apareció en el umbral. Tenía la cabeza cuadrada y los ojos pequeños y destrozados a golpes de los que han sido boxeadores profesionales hasta poco tiempo atrás. Sus puños, cuadrados y macizos, eran el complemento de una figura maciza y cuadrada. La mirada con que envolvió a Harry fue la que dirigiría un mastín a una liebre.

—Llama a los otros, Marco.

Sandra daba las órdenes sin la menor vacilación, y a pesar de saber lo que aquello significaba, Harry admiró a una mujer que era capaz de vivir sin alterarse aventuras que pondrían enfermos a muchos hombres. Maquinalmente gruñó:

—¿Son como éste los otros dos tipos?

—Los tres han sido boxeadores profesionales, amor. Saben cómo manejar a un hombre aunque se ponga tonto. ¿Insistes en que los haga pasar?

—Insisto en no largarme de aquí. Me siento muy a gusto en Roma.

Marco aún esperaba órdenes en el umbral, a pesar de haberle dicho Sandra que llamase a los otros. La muchacha insistió:

—Que vengan. Vamos a tener función.

Los otros dos tipos llegaron. Entre los tres sumaban más de trescientos kilos de peso. Uno tenía aún cicatrices en la mandíbula a causa de algún reciente combate.

Cerraron la puerta. Ésta se abrió casi inmediatamente después, y la encargada de recepción apareció en el umbral.

—Procuren no estropear los muebles, señores.

Volvió a cerrar. No sabía exactamente qué era aquello, pero adivinaba que se trataba de un ajuste de cuentas. Sandra murmuró:

—Avisaré a la policía. Vamos, daos prisa en empaquetar a este hombre. Está un poco duro al principio.

Miró a Harry y sonrió.

—Tú lo has querido, amor.

Los tres se lanzaron a la vez, buscando acorralar a Harry contra la pared y aplastarlo con su peso. Uno, el del centro, movió sus puños en forma de molinete y trató de cazarlo mientras sus compañeros le inmovilizaban contra el tabique. Sandra, a la que no complacían nada aquella clase de espectáculos, volvió la cabeza

para mirar a otro sitio.

Oyó dos terribles impactos, y a continuación esperó escuchar el gemido de Harry. Pero fueron tres gemidos en lugar de uno lo que pudo oír.

Se volvió, asombrada, y aún pudo ver a los tres gigantes vacilando y a punto de rodar por el suelo.

Harry había aprovechado que el de los puños en molinete estaba un poco más adelantado que los otros dos para ocuparse de él con preferencia. Esquivando los zarpazos, le había clavado un corto en el estómago y luego un gancho alucinante al mentón, llegando aún a tiempo de propinar un rodillazo al enemigo que le venía por el lado izquierdo. Un segundo después saltaba hacia delante, sobre el enemigo caído en primer lugar, y cazaba de espaldas a su tercer adversario. De un golpe en la nuca lo estrelló contra la pared en que pretendía acorralarle.

Todo esto había sucedido en menos de diez segundos, con tal precisión y cálculo de movimientos, que Sandra se preguntó por primera vez si aquél era un hombre o una máquina de destrozarse huesos que se hubiera puesto a funcionar de repente.

El pasmo y el dolor de los tres gorilas duró apenas un instante. El primero en reaccionar fue el del rodillazo, que se lanzó como una bala hacia el vientre de Harry. Harry se hizo a un lado, lo sujetó por la cabeza y aprovechando su propio impulso le hizo dar una vuelta completa de campana. El gorila se estrelló contra la pared e hizo caer un cuadro que representaba a dos angelitos soplando para hacer andar por el cielo una nube.

El segundo enemigo que se lanzó contra Harry fue el del corto al estómago. Éste tenía aún las facciones contraídas por el dolor y en sus labios babeantes había la mueca del que no está aún muy seguro de dónde se encuentra. Sus puños fueron en busca del rostro de Harry, pero éste se inclinó con la rapidez de una ardilla, lo sujetó por las piernas y lo volteó también aprovechando su propio impulso. El hombre se estrelló contra la mesa de las botellas de licor, produciendo más estampido que si hubiera entrado en el escaparate de una vajillería.

El otro enemigo, mientras tanto, había dado la vuelta por detrás de Harry golpeándole en la nuca. El joven vaciló y entonces los otros dos enemigos se lanzaron a un tiempo sobre él.

Tenían ganas de pelea y estaban irritados por el fracaso de sus dos primeros golpes.

Harry recibió cuatro mazazos en el rostro antes de poder darse cuenta de lo que sucedía. Sintió su propia sangre brotando de las narices, de la boca. Alguien le clavó la cabeza en el estómago y en esa postura empezó a golpearle salvajemente el bajo vientre.

Harry se dejó caer al suelo porque no tenía otro remedio. La primera regla del judo es ceder cuando el otro hace demasiada fuerza. Los tres enemigos cayeron con él, y en el suelo de la miserable habitación se formó un amasijo de cuerpos.

Sandra había guardado su pistola porque en aquel caos era inútil emplearla ante el peligro de herir a alguien que no fuese Harry. Sus ojos incrédulos contemplaban las fantásticas contorsiones de los tres hombres sin acertar a creer que seres humanos pudieran hacer aquello.

Los cuatro contendientes se movían como reptiles, mientras sus puños chocaban en el aire, reventaban contra el suelo o encontraban en su camino paquetes de músculos y huesos. Gotas de sangre salpicaban ya por todas partes las baldosas y hasta las ropas del cercano lecho. Harry, que lo mismo estaba debajo que en medio de sus tres enemigos, se defendía como una fiera. Uno de los polizontes abrió mucho la boca y quedó tendido en el suelo, con la mandíbula destrozada. Otro sintió que la sangre le nublaba los ojos y empezó a retroceder.

Harry Morton golpeaba infatigablemente, como una máquina, aunque también sus ojos estaban cegados y su mandíbula producía los terribles chasquidos de algo que va a rajarse.

Logró sacudirse a su enemigo de encima, se incorporó, y vacilante, trató de llegar hasta la puerta. Los tres gorilas, incluso el de la mandíbula rota, fueron a su encuentro otra vez.

Harry despidió a dos de ellos con sendos puntapiés, mientras se apoyaba en un tabique para no caer. El otro le enlazó por la cintura y volvieron a rodar. La cama fue volcada, mientras las ropas saltaban por el aire. Uno de sus enemigos trató de aplastar la gramola sobre la cabeza de Harry y no consiguió más que reventarla contra una de las paredes.

El joven, al fin, tras desembarazarse nuevamente de sus enemigos, se puso en pie otra vez. Vacilaba y sus rodillas apenas

podían sostenerlo. Se acercó a la puerta tratando de salir. Sandra le aplastó tres veces la culata sobre el cráneo.

CAPÍTULO III

Cuando despertó estaba sobre una superficie dura, tendido de espaldas y con un foco de luz muy intensa colgado sobre los ojos.

Por un momento creyó estar delante de un automóvil que iba a atropellarle. Luego, esta sensación se desvaneció.

Se encontraba en la sala de urgencia de alguna clínica o dispensario. Un hombre joven se inclinaba sobre él. Más allá, fuera del cono de luz, estaba la figura inconfundible de un carabinieri.

—Vaya, ha habido suerte —fue todo lo que se le ocurrió decir a Harry, mientras intentaba ponerse en pie.

No pudo porque le dolía todo el cuerpo. Y sin duda le habían administrado algún calmante que le relajaba los nervios, impidiéndole moverse como antes, en la habitación del hotel.

Dirigió una mirada a su alrededor, y entonces vio a Sandra y a los tres gorilas agregados a la Embajada.

Los tres presentaban magulladuras y habían sido curados también. El de la mandíbula rota tenía la cara hecha un mapa. Sandra había cruzado las piernas y guardaba la actitud de la gran dama que a pesar de todo cree encontrarse en un salón de modas.

Otro carabinieri estaba junto a ellos, vigilando la puerta. Y cerca se movía nerviosamente un tipo de paisano, con cara de perro dogo.

—El inspector Serga —presentó el médico, que estaba inclinado sobre Harry—. ¿Se encuentra usted bien después de la paliza? Más vale que diga que no y se ahorrará un interrogatorio esta misma noche.

—Me encuentro bien —dijo Harry. El inspector se acercó a él.

—¿Qué es esto? ¿Un asunto de la Maña?

—Es usted muy ingenuo, Serga.

—La señorita tiene sus documentos en regla, como esos hombres que la acompañan. Dice que es amiga suya, que fue a visitarle al hotel y que usted trató de agredirla. ¿Es cierto?

Entre las brumas que lo rodeaban, el cerebro de Harry empezó a trabajar frenéticamente. Tenía que decir que no, que no era cierto. Si soltaba la verdad y nada más que la verdad, la policía italiana le protegería, y Sandra y sus polizontes serían obligados a salir del país. Podía salvarse con un solo movimiento negativo de cabeza. Sin embargo, dijo:

—Sí, es verdad. ¿Y usted no la hubiese agredido, Serga?

—Puede ir a la cárcel por eso.

—Sólo si la señorita me denuncia. Pero hablemos más claramente. ¿Qué ha dicho la encargada del hotel?

—La encargada del hotel ha dicho todo lo que dicen todas las encargadas de todos los hoteles semejantes. Ella no sabe nada de nada. Vio entrar a la señorita y luego a esos tres bonifacios. A continuación empezó el jaleo, de lo que no se la puede hacer responsable, porque según dice, ella no tiene la culpa de que la gente sea tan mala.

—¿Ha habido muchos destrozos en la habitación?

—Muchísimos, y usted deberá pagarlos. Ésa es la primera medida que hay que tomar en este caso.

—Tengo algunas liras —gruñó Harry, llevándose una mano a la atormentada frente—, y puedo dejar como garantía parte de mi equipaje, si los hoteleros están conformes.

—Eso ya no es asunto mío. Pase luego por allí y arréglole. Si no lo arregla, los dueños cursarán a la policía la oportuna denuncia. Por mi parte, no voy a hacer nada de momento.

Serga se volvió hacia Sandra, que tenía un aire perfectamente aristocrático, y preguntó:

—¿Sabe ya que han armado un alboroto más grande que la rebelión de Budapest?

¿Sabe ya que podría detenerlos inmediatamente, si me diera la gana?

—Yo no tengo la culpa de que, al verme, los hombres se pongan pesados —dijo Sandra, mientras encendía un cigarrillo.

—¿No? ¿Y quiénes son esos tipos?

—Compatriotas míos. Íbamos a emprender juntos el viaje a Norteamérica y, antes de partir, se me ha ocurrido la idea de visitar a ese desdichado —señaló a Harry—. Como los otros estaban en la puerta, han entrado al oírme gritar.

—Este hombre —Serga movió un dedo para señalar a Harry—, presenta muchas magulladuras, pero lo que le ha dejado tieso ha sido una serie de culatazos en el cráneo.

¿A quién pertenecía la pistola?

Sandra extrajo de su bolso la «Germán Luger». Por lo visto no había tenido tiempo de ocultarla cuando los carabinieri irrumpieron en la habitación, en el momento en que más animado era el baile.

—La pistola es ésta —dijo con la mejor de sus sonrisas—. Una hermosa pieza, ¿no es cierto, inspector? Se pueden hacer con ella disparos tan precisos como los de un fusil, pero yo sólo la empleo para machacar objetos inservibles con la culata.

—¿Tiene licencia?

—Poseo una extendida en mi país y revisada por el Gobierno italiano. Suelo transportar joyas y buenas cantidades de dinero, puesto que soy agente del mercado internacional de diamantes. Necesito este artefacto como medio de defensa personal. Si usted quiere revisar la documentación, la llevo encima, inspector. Todo en regla.

Sandra hablaba con un aplomo que paralizaba. «Debe ser el número uno de la promoción —pensó otra vez Harry, mientras se frotaba los ojos—. Le partiría la cara ahora mismo con su maldita pistola».

—No necesito ver nada —dijo Serga—. Tengo ya bastante trabajo con los romanos, señores, y no quiero buscarme nuevos líos. De modo que si es cierto que ustedes se marchan esta misma noche, me limitaré a afirmar en el atestado que fue una riña por cuestión de faldas. Pagan en el hotel los desperfectos y en paz. No quiero ahora complicar las cosas haciéndoles detener, pero lárguense o van a acordarse de esto.

—Yo no me largo —dijo Harry, mientras se abrochaba tranquilamente dos de los botones de su camisa.

—Puede quedarse en Roma con tal de que no vuelva a ver a esa mujer. Su permiso de residencia está en regla. No obstante, lo haré anular ante cualquier nuevo desorden.

—Procuraré dormir veinticuatro horas al día, a ver si mientras esté en la cama, no pasa nada —gruñó Harry—. ¿Podemos largarnos con viento fresco, inspector?

—Lárguense. Y recuerde que usted tiene que pagar los

desperfectos del hotel y que sus amigos tienen que salir de Italia esta misma noche.

—De acuerdo.

Salieron todos juntos. Serga se quedó apoyado en la mesa extensible y mirando con la boca abierta la figura de Sandra cuando ésta se puso en pie. Harry escupió al suelo y gruñó:

—Recuerdos a su mujer, amigo.

Ya en la calle, admiró la tranquilidad con que Sandra fumaba. No temblaba ni un solo músculo de su mano mientras sostenía el cigarrillo. Los tres gorilas, a su lado, le miraban con expresión recelosa, dispuestos a empezar otra vez.

—Buen viaje, hermana —silbó él. Ella le echó el humo a la cara.

—Sabes perfectamente que no puedo volver a los Estados Unidos sin ti. Sabes que soy capaz de pegarte un tiro si te pones tonto otra vez, dulce Harry. Y no creas que me va a ser difícil salir de Italia antes de que la policía decida meterme mano, si te soltamos hecho una piltrafa por cualquiera de esas carreteras.

Harry le quitó el cigarrillo de los labios, dio una chupada y luego lo volvió a colocar en la boca ansiosa de la hembra.

—Más vale que no te compliques la vida, Sandra. Yo me voy a quedar aquí. Hice lo que consideraba un deber y no me da la gana de andar dando explicaciones a nadie. Si intentas usar la fuerza, yo usaré la fuerza, y si alguno de tus hombres trata de matarme, yo mataré también.

—Has llegado a los extremos más bajos y miserables a que un hombre puede llegar, Harry.

—¿Por qué?

—Porque eres un traidor a tu país. Porque estás dispuesto a defender tu miserable piel como una fiera acorralada. Porque no te atreves ni a soportar la acusación de los que son más nobles y más valientes que tú. Por todo eso has llegado muy bajo, Harry. Y siento que con tu cochina vida hayas ensuciado la historia de nuestro país.

—La historia de nuestro país está bastante más ensuciada que mi vida, Sandra. Pero vamos a dejar eso de una vez. ¿O es que quieres que tus gorilas me empiecen a acometer otra vez en plena calle?

—De eso te vales, Harry. Eres muy valiente aquí, a dos pasos de la policía y de la clínica de urgencia donde te puedan curar las heriditas otra vez. Muy valiente.

—No tengo inconveniente en atizarle otra vez aquí —dijo uno de los dogos, mientras torcía la boca.

—Vamos al hotel —decidió Sandra—. Pagaré los desperfectos. Te mimaré. Dejaré que reflexiones.

—Y tus tres dogos me mimarán también, naturalmente. ¿Qué es lo que quieres, idiota?

¿Qué la policía nos eche el guante de una vez?

—Ha sido una equivocación pedir ayuda —decidió Sandra, mientras apretaba los labios—. Yo siempre he trabajado sola. Vamos al hotel, Harry, y nos diremos cosas bonitas por el camino. Estos tres gorilas, como les llamas, pueden esperarme en la autopista a la salida de Roma.

—¿Por qué? —Gruñó uno de ellos—. ¿Está loca?

—No comprendo su modo de trabajar —dijo el otro—. Maldita sea usted, su cara bonita y sus zapatitos de *vedette*. Este tipo me ha partido la cara y yo se la parto a él como soy hijo de mi madre.

—Esperadme en la autopista, a la salida de la ciudad —dijo ella con voz inflexible—. Bastantes errores he cometido ya y no quiero complicar más las cosas yendo en compañía de tres mastodontes que sólo piensan abrir cabezas. Si este perro viene o no a los Estados Unidos, es cosa que he de decidir yo sola. Esperadme con el automóvil hasta dentro de una hora en el kilómetro diez de la autopista. Si transcurrido ese tiempo no he aparecido por allí, voláis hacia la frontera. Todo está en regla, desde la documentación hasta el dinero. Os habrán puesto incluso gasolina en el tanque.

—Está bien. —Los tres parecían ir a masticarse sus propios dientes—. Pero venga con ese tipo, guapa.

Sandra hizo una seña a un taxi, un viejo «1100», que se detuvo con un brusco chirrido de frenos.

—¿Te atreves, Harry?

Él dijo con la cabeza que sí. Subieron al carromato y los tres mastodontes se alejaron con bruscos movimientos de espalda.

Una vez en el interior, Sandra se acercó a él, mimosa. Pero Harry sentía pesar junto a su cintura el bolso donde descansaba la «Luger».

—Cariño, qué viaje más hermoso vas a hacer hacia el Más Allá... Sus ojos brillaban como los de una gata, y Harry los miró.

—¿Estás dispuesta a apretar el gatillo?

—Has sido muy valiente al venir conmigo, Harry. Sabes que no me voy a ir sin llevarte conmigo o sin pegarte un tiro en medio de la frente. Sabes que en nuestro mundo no hay compasión, ni sentimientos, ni nada que sea elevado o noble. Me han encomendado una misión y la cumpliré aunque sea asesinandote por la espalda.

—Podrías matarme con un beso y sería mejor.

Ella lanzó una bocanada de humo y pegó los restos de su cigarrillo en el rostro del hombre, apagando su llama a base de frotarla contra la piel masculina. Harry ni con eso se movió.

—Eres el tipo más raro que he visto, Harry.

—Soy sólo un borracho. Y vas lista si crees que me dan miedo tus artimañas para poner a punto las cosas.

—He de retirar lo de cobarde, Harry... —susurró ella—. Tengo que agradecerte algo.

—¿Qué?

—En la clínica pudiste haberte librado fácilmente de mí. Habría bastado con decir a Serga que somos miembros de un servicio de espionaje extranjero y que intentamos raptarte. Serga te hubiese protegido, y nosotros habríamos tenido que salir de Italia con el rabo entre piernas. ¿Por qué no hiciste lo que te aconsejaba tu instinto de conservación?

—Por no envolver a mi país en un cambio de notas diplomáticas que no tendrían nada de agradable ni de digno. Pero eso ha sido en un momento de elevación espiritual impropia de un can hambriento como yo. ¡Diablos! Lo que necesito es que mujeres como tú traten de raptarme todos los días. ¿Cuánto tiempo llevas en esta clase de servicios?

—Para el exterior, un año.

—¿Qué campo de operaciones te ha correspondido?

—Argelia.

Harry se mordió los labios.

—Cuerno.

—Y he visto cosas que nunca podré olvidar. Pero muchos de los que vi haciendo esas cosas, duermen ya el sueño eterno con sus bocas bien deshechas y sus cabezas bien atravesadas.

—¿Operación de castigo?

—Operación de castigo. Hoy la «Luger» ha ladrado bien. Sus

balas han hecho estallar las cabezas al primer impacto.

—¿Cuántas cabezas?

—Tres.

Hablaban aburridamente, como si aquél fuese el trabajo más normal y más rutinario del mundo.

—¿Y por qué han encargado a una mujer como tú una operación de castigo en la que tenía que haber tres muertos? ¿No es eso demasiado duro? Normalmente la profesión de verdugo se dejaba para los hombres.

—Es que entre las cabezas que tenían que reventar había la de una mujer. Por eso me ocupé yo, ya que a ningún varón le hubiera gustado hacer trizas un rostro tan lindo. Pero detrás de aquel rostro estaba la lengua de una serpiente y las fauces de una hiena.

—¿Muy joven?

—No más de veinticinco años. Una muñeca. E iba a casarse mañana.

—¡Ah!

Hablaban con indiferencia y no había la menor compasión en sus palabras, en sus rostros.

Harry acarició los cabellos de la mujer y preguntó:

—¿Dónde piensas dispararme a mí, paloma?

—En la cabeza, para no hacerte sufrir. No quiero engaños. Dentro de una hora tengo que estar junto a esos hombres y volar hacia la frontera. Tenemos un «Jaguar» ultrarrápido, en el que puedes venir si eliges la vida, Harry. Pero te juro que no me marcharé de Italia sin terminar adecuadamente mi misión.

—En un «Jaguar» rápido iríais muy mal con cinco plazas —sonrió él—. Más vale que me dejéis en Roma.

El automóvil iba poco a poco por entre el dédalo de calles, sorteando las maniobras temerarias de los motociclistas que lo rodeaban por todas partes. Roma entera vibraba y parecía latir como una canción. Harry, con una expresión que más bien parecía nostálgica, preguntó:

—¿Qué sensación da matar a una mujer, Sandra? Nunca he matado a ninguna.

—Puedes intentar matarme a mí y tendrás una idea muy aproximada.

—¿Cómo se llamaba la de esta noche?

—Erna.

—¿Y era argelina?

—Sí.

El automóvil se detuvo a la entrada del Albergo Anzio, de donde ya habían desaparecido los curiosos. Harry pagó, y él y Sandra entraron en el hotel. El chófer se les quedó mirando y masticando su propia envidia.

Desde dentro, la encargada de recepción gritó:

—¿Ya habéis hecho las paces, marranos? ¿Y quién me paga a mí los desperfectos de esa magnífica habitación amueblada?

—Yo pagaré —dijo Sandra adelantándose—. Debo dinero a Harry y ésta es una forma como otra cualquiera de quedar en paz con él. ¿A cuánto ascienden los desperfectos, hada buena?

—A treinta mil liras.

—¿Es que también cobra las tiras de piel que hemos arrancado de la cara de su huésped?

—Mire, nena, yo sólo tengo que cobrar y sé dónde me aprietan los riñones. De modo que pague o les denunciaré a la policía por daños. Demasiado bien librados han salido esta primera vez.

—Déjalo en veinte, Sofía —gruñó Harry, mientras se dedicaba a desengomar tiras de papel de la pared—. No quiero que mi novia se arruine.

—Bueno, veinte.

No era caro. La encargada de recepción miraba a Harry con unos ojos así de grandes, como dándole a entender que rebajar diez mil bien valía siquiera una mirada. Él no lo entendió.

—Liquido también la cuenta —dijo Sandra—. Este hombre sale de viaje conmigo dentro de un instante.

—¿Y si no quiero? —sonrió Harry.

—Tampoco podrías pagar.

—Debe cien mil liras —dijo la del bureau, dispuesta a no rebajar un centavo más—. Todo lo llena de manchas de licor y de puntas de cigarrillos. Ha habido que plancharle corbatas y una vez se llamó a un médico para quitarle una borrachera de encima.

—Un angelito —dijo Sandra con los dientes apretados—. Bueno, ahí van. El tío Sam paga. Cuando el tío Sam muera no sé qué va a ser de sus puercos sobrinos como éste.

Depositó cien mil liras sobre el tablero e indicó a Harry que

podían entrar en su habitación.

—Si te atreves, —musitó—. Disparar un balazo no me cuesta nada. Extrajo de su bolso un silenciador y lo hizo saltar dos veces en la mano.

—Si lo hago, no habrá ruidos callejeros, monada.

Harry sabía que era cierto, que ella pensaba disparar, pero se atrevió.

Iban a entrar en la habitación cuando la del bureau llegó junto a ellos con un sobre en su mano derecha.

—¡Ah, me olvidaba, Harry! Ha llegado esto para usted poco después de sacarle a rastras.

Y le tendió el sobre, que llevaba la dirección del hotel escrita a mano, sin remite. Dentro había una tarjeta impresa, que leyó.

Al finalizar, una intensa palidez había cubierto su rostro.

—¿Cómo has dicho que se llama esa mujer? —preguntó Sandra.

—Erna... Erna Forget.

—Entonces, lee.

Le tendió la cartulina impresa en elegante tipo de imprenta. Era una invitación, y decía sencillamente:

«La señorita Erna Forget tendrá sumo placer saludándoles mañana noche con motivo de su enlace con el joven Gino Castella».

Debajo había una firma ilegible.

CAPÍTULO IV

Sandra lanzó una maldición que no quedaba nada bien en labios de una señorita.

—¿Dónde te has criado, nena? —preguntó Harry.

—En lo más bajo de Harlem. Mis padres eran muy amigos de los negros y tenían un café solo para gentes de color. ¿No sabes tú cómo maldicen los negros? Pues allí aprendí algunas palabras y algunos trucos. Luego, cuando mis padres murieron, fui recogida por un pariente que tenía un rancho en Arizona. ¿Sabes tú cómo maldicen los rancheros pobres? Pues allí aprendí otras palabras y otros trucos. Así soy yo de fina, cielo.

Hizo oscilar la tarjeta en su mano derecha, y preguntó:

—¿Qué broma es ésta?

—¡Y yo qué sé! No había oído hablar en mi vida de esa tal Erna Forget. Estaba muy tranquilo en mi cama, bebiendo licor y escuchando esa música podrida que ahora tocan en los salones de baile. Y entonces vienes tú, me metes en este lío y encima me preguntas que qué clase de broma es ésta.

—¿Tú no conocías a Erna?

—¡Qué diablos voy a conocer!

—Pues entonces no me lo explico.

Ahora era ella la que estaba pálida. Quería ocultar su nerviosismo, pero no podía conseguirlo. La cartulina se movía en su mano derecha como un abanico trágico.

—Todo esto es tan raro que no le encuentro sentido por más que pienso, Harry. Pero como todas las cosas en este mundo, debe tener una explicación.

—Sin duda.

Sandra abrió otra vez la puerta de la habitación que habían cerrado a su espalda.

—La explicación, en tal caso, es la siguiente: tú conoces a Erna

de algo, aunque ahora no la recuerdes, o por lo menos Erna te conoce a ti. Hace un par de días, antes de morir, naturalmente, te envió esta invitación para la fiesta. Tú la has recibido ahora, con un poco de retraso, y eso es todo. Hemos sentido los dos el mismo estúpido miedo que siente la gente cuando recibe carta de una persona que ya está muerta, sin pensar que esa carta fue cursada cuando la persona estaba bien viva.

—¡Hum! —Hizo él.

—¿Por qué ese gruñido? ¿Qué piensas?

—Pienso que a pesar de todos tus razonamientos, yo no conozco a ninguna Erna. Pero de todos modos no será difícil averiguar cuándo cursaron esta tarjeta. Ha sido enviada por una mensajería particular.

—Tienes razón.

Sandra fue de nuevo hacia el bureau. A pesar de todo, le temblaban los dedos, mientras sostenía la cartulina.

—El sobre no trae sello de correos —preguntó a la mujer que estaba de nuevo tras el mostrador—, y lo han traído a mano. ¿Sabe usted quién es el que se lo ha entregado?

—Claro que sí, vampiresa. Me lo ha entregado un muchacho de Mensajerías Cuzzi. Es una agencia que está a tres o cuatro manzanas de distancia de aquí.

—¿Tienen teléfono?

La mujer le entregó un libro de direcciones abierto por una determinada página.

—Éste.

Sandra llamó. Por el rabillo del ojo veía a Harry apoyado negligentemente en la puerta de su habitación, fumando un cigarrillo. Se preguntó qué tendría aquel hombre en lugar de nervios. Una voz preguntó al otro lado del hilo:

—Mensajerías Cuzzi para servirle a cualquier hora del día y de la noche. ¿Qué desea?

—Han enviado ustedes un sobre hace apenas media hora a un hotel llamado Anzio.

—Déjeme ver. —Transcurrieron unos instantes. Al fin, la misma voz melosa preguntó:

—Lo hemos enviado. ¿No está conforme?

—Han sufrido ustedes un pequeño retraso —dijo Sandra—.

Seguro que ese sobre les ha sido entregado para el reparto hace por lo menos tres o cuatro horas.

—¿De veras? Déjeme mirar otra vez. —Nuevamente transcurrieron unos instantes, y al fin la voz informó—: Está usted equivocada, señorita. Nos lo han traído hace apenas media hora. Lo repartimos inmediatamente porque los del Anzio son amigos nuestros y están a poca distancia de aquí.

Sandra sentía que el auricular le quemaba en los dedos.

—¿Está seguro?

—Claro que lo estoy. ¿Desea alguna otra aclaración?

—Sí, por favor. Perdóneme si insisto. Pero quisiera saber quién trajo ese sobre para que lo repartieran.

—Una mujer. Delante de mí está el chico que la recibió, y está trazando con las manos más curvas que si señalara una carretera cerrada al tráfico. Una mujer morena, de ojos negros y tipo de...

—¿Tipo de africana? —preguntó Sandra, con un hilo de voz, sintiendo que se contraía su garganta.

—¡Pues sí, eso es! No sabía cómo definirlo. Tipo de africana. Lástima, dice el chico, que llevase un pequeño vendaje en la frente, debajo de su sombrero. Un tipo de africana bestial, dicho sea con perdón, señorita.

—Erna... —susurró la muchacha, sintiendo que algo le abrasaba en los labios.

—¿Qué dice?

—No, nada —reaccionó Sandra, separando el auricular de su rostro—. Perdóneme. Colgó, e intensamente pálida volvió a la habitación donde ya la estaba esperando Harry.

Éste cerró la puerta, encendió otro cigarrillo y se lo puso en los labios a ella.

—Me tratas demasiado bien para ser tu verdugo.

—No estás pensando ahora en liquidarme, Sandra, sino en otra cosa peor. ¿Qué ocurre?

—No lo sé.

La habitación ya había sido ordenada dentro de lo posible. Harry llenó un vaso de licor y se lo ofreció.

—¿Quién entregó esta postal? ¿Has podido averiguar alguna cosa?

—Sí. La entregó una mujer hace apenas media hora, es decir,

cuando nosotros estábamos en la clínica.

—Pero eso es imposible, Sandra. Es decir, a menos que no tenga nada que ver con la Erna de que tú hablas...

—Tiene que ver.

—¿Cómo?

—Lo entregó una mujer que correspondía a sus señas. Corresponden también al nombre y apellido. Corresponden, por fin, el nombre y apellido del novio. ¡Son demasiadas casualidades, Harry! ¡Demasiadas casualidades!

—Trata de reflexionar con calma —dijo él, dejando caer su cigarrillo al suelo—. En primer lugar, hay una cuestión esencial. ¿Estás segura de que realmente mataste a Erna?

—Completamente segura.

—¿No le clavarías un balazo en cualquier sitio raro y te darías por satisfecha?

—Dejé sin balas la «Luger», Harry. Y los cinco primeros proyectiles fueron a la cabeza. De repente, Sandra se llevó una mano a los ojos y susurró:

—¡Cielos! ¡La mujer que entregó eso llevaba un pequeño vendaje en la cabeza!

—Bueno, las cosas ya empiezan a ser como para volverse loco, hermana. ¿Quieres más licor?

Ella depositó el vaso sobre la mesita, Sus manos temblaban, y derramó parte del contenido. Trató de dominarse al adivinar la mirada burlona de Harry.

—Creíste que le atizabas, Sandra, y te limitaste a acariciarle los cabellos con las balas. A veces, cuando uno trabaja precipitadamente, ocurre eso. Hubo un tipo a quien maté tres veces: la primera, en Nueva York; la segunda, en Chipre, y la tercera, en Albania. Puede que a ti te haya ocurrido lo mismo que me sucedió a mí las dos veces primeras.

—No soy una aprendiz, Harry, y además sentía odio a aquella mujer. Le he visto hacer cosas que avergonzarían a las fieras de la selva. Ansiaba que me dieran la orden de «operación castigo» para acabar con ella. No es agradable decirlo, pero después de los disparos no la hubiera reconocido ni su propia madre.

—Entonces las cosas son inexplicables —musitó él—. ¿Dónde tuvo lugar la escenita?

—En una finca aislada, junto al Tíbet, donde se reunían los contrabandistas de armas para Argelia.

—¿Por qué interviniste tú en eso? Al fin y al cabo, eres un agente yanqui, y lo de Argelia no es cosa nuestra.

—Las armas eran yanquis.

—Muy bien, y supongo que los contrabandistas que se encontraban en Estados Unidos han sido ya detenidos y puestos entre rejas. Pero lo de la «operación de castigo», ¿por qué?

—Porque esos tipos asesinaron a una agente yanqui, entregándola a los guerrilleros para que la ultrajasen de la forma más salvaje. Fue algo que no olvidaré nunca, Harry, ¡nunca! Y te juro que pensaba en eso mientras apretaba el gatillo contra Erna y veía saltar pedazos de su cuerpo. Pero, además, la «operación de castigo» se señaló también porque estos individuos habían asesinado a varios compatriotas nuestros en Argelia, y las autoridades francesas eran impotentes para resolver el asunto.

—¿Te vio alguien salir de la casa?

—Juraría que no. Aquello está más que abandonado. Fui a pie hasta encontrar la autopista.

—Pues parece exactamente que Erna haya vuelto al mundo —susurró él con una chispita de interés en sus ojos grises—. Y, además, en el reino de los muertos han debido regalarle una buena imprenta para que preparase invitaciones. Éstas son un primor.

—Podían estar impresas antes de su muerte. Al fin y al cabo, es cierto que se casaba mañana.

—Suponiendo que Erna esté muerta —dijo Harry—, hay alguien más que conoce la noticia, y ese alguien está jugando contigo al juego del gato y el ratón. ¿La policía tal vez? El inspector Serga nos dejó marchar con cierta facilidad. Y la policía italiana es muy astuta.

Sandra cerró los ojos.

—Necesito resolver esto. No puedo marchar de Roma sin saber que todo está en orden. Si la policía sabe ya algo, no pueden quedarse los cadáveres allí.

—Al contrario. Si vuelves será una rotunda acusación de culpabilidad. Puede que la policía haya hecho esto para ver cómo reaccionas.

—Es posible, pero de todos modos, no puedo quedarme con esta

duda.

—Si estás segura de que mataste a Erna, más valdrá que te largues de Italia y pienses en otra cosa.

—¿Habla la voz de la experiencia, Harry?

—Habla la voz del aburrimiento. Me importa menos que un gato ahogado en una balsa. Pero si te acercas a aquella casa es completamente seguro de que caerás en la trampa.

—De todos modos, me acercaré —dijo ella—. No puedo volver así a Estados Unidos, diciendo que mi misión está concluida. Iré allí aunque me esté aguardando toda la policía de Roma.

—Mientras no te aguarde la misma Erna... —sonrió él. Sandra se estremeció.

—No me gusta que hables así, Harry. Ahora deberías pensar sólo en ti mismo. Tienes una magnífica oportunidad para huir y debes aprovecharla.

—¿Es que ya has renunciado a la idea de raptarme o clavarme una bala entre las cejas?

—Todo ha cambiado ahora, Harry. La verdad es que no tengo tiempo para ocuparme de ti. Podría abrasarte ahora con la «Luger» y nadie se enteraría, gracias al silenciador, pero no puedo complicarme más las cosas si es que no voy a salir de Roma esta misma noche. Lárgate, Harry, y ocúltate bien, porque volveremos a buscarte.

—Esto es casi un fracaso para ti, Sandra.

—No importa.

Él sonrió, la atrajo hacia sí y la besó en los labios. El cuerpo de Sandra estaba tenso y tirante como un cable de acero.

—De compañero a compañero, Sandra... Voy a acompañarte.

—¿Tú?

—No creo que constituya un estorbo. Espera. Me cambio de traje en unos instantes.

Ella salió, y, mientras, él se puso otra camisa, un traje gris relativamente bien planchado y extrajo una pistola marca «Smith» de uno de los cajones de su armario, pistola que guardó cuidadosamente.

Instantes después, salían del hotel y tomaban un taxi diciendo Sandra al taxista que les dejase en el kilómetro tres de la autopista.

El trayecto lo hicieron en silencio. Sólo se escuchaba en la

oscuridad el runruneo del motor y de vez en cuando el canto monótono de los grillos. En el kilómetro tres, el coche se detuvo bruscamente.

Harry pagó, y los dos se perdieron en la oscuridad. El conductor dijo:

—Buenas noches, parejita.

Se internaron por entre unos cañaverales y buscaron en silencio la orilla del río. Aquél era un sitio para besar, para amar, para soñar con los ojos abiertos. El rumor manso del agua era como una invitación. Harry sentía junto a él el cuerpo de la mujer, otra vez tenso y vibrante como un cable de acero envuelto en seda.

La casa parecía un fósil muerto entre las sombras. Sandra sabía que había ventanas abiertas y entraron por una de ellas. Encendieron sin miedo las luces, mientras avanzaban hacia la habitación donde se encontraban los muertos.

Sandra se detuvo ante la puerta. La abrió mientras encendía la luz. La habitación estaba vacía.

CAPÍTULO V

Había sólo en ella lo que suele haber en todas las habitaciones. Muebles, cuadros, una alfombra... Los detalles de buen gusto abundaban en cada ángulo, en cada repisa. Todo estaba en el más exquisito orden.

Harry miró los ojos desencajados de Sandra y preguntó:

—¿Es ésta?

—Sí, esta misma. Los maté aquí. Aquí tuvo lugar nuestra última pelea.

—¿Estás segura?

—¿Crees que me he vuelto loca, Harry?

—Puede.

Entró en la habitación, examinando con ojo crítico todos los detalles. No había nada que no estuviese en orden. Sólo una cosa.

—¿Cuántas balas disparaste contra Erna? —preguntó.

—Creo que seis.

—Una debió rozarla, causándole una herida en la frente, y las otras cinco están aquí. Señalaba un panel de pared. Efectivamente, había allí los impactos de cinco balas, cuyos proyectiles, aplastados y deshechos, estaban en el suelo junto a la alfombra.

Harry recogió uno de ellos.

—Son de «Germán Luger» como tu pistola. Como están aplastados, es imposible decir a simple vista si han sido disparados por tu arma. Pero quizá un laboratorio determinaría que sí.

—Todo esto es absurdo —susurró Sandra, con voz ronca y castigada—. Absurdo...

—No debe serlo tanto, de momento que los detalles se van juntando unos a otros. Tú heriste a Erna creyendo haberla matado, ella logró salir de aquí e hizo que alguien la curara, te llevó la invitación al Anzio sabiendo que vendrías y ahora ya debe tenerte tendida la trampa.

—Pero eso es imposible, Harry. Ella no sabía que a continuación yo iba a ir al Anzio.

—¿No pudo imaginarlo?

—Hubiera necesitado ser adivina. ¡Pero, además, no vive, Harry! ¡Yo la maté! ¡Disparé recto contra su cabeza ahí, en ese rincón!

Señalaba un ángulo donde no había una sola mancha de sangre. Un mandarín chino de porcelana blanca reía desde aquel ángulo.

—Entonces, ¿dónde está el cadáver?

—No lo sé. Y faltan también los cadáveres de los dos hombres que iban con ella. Además, había cuadros destrozados, había adornos convertidos en astillas. Esta habitación ha sido arreglada después.

—No lo pongo en duda. Pero ¿por quién?

—Eso es lo que no sé. Jamás me había encontrado en una situación parecida. Llegamos solos a esta casa y yo salí sola de aquí. Nadie me vio, estoy segura. Ya has comprobado qué camino tan enrevesado hay para llegar hasta aquí. Tomé un taxi en el mismo lugar donde lo hemos abandonado ahora.

—¿Qué otras habitaciones hay en esta casa?

—Las propias de una finca de veraneo, aunque esto sirviera como centro de reunión para unos contrabandistas de sangre humana. Si quieres podemos registrarlas.

—Me parece necesario.

Extrajo su pistola y, seguido de Sandra, fue recorriendo una por una todas las habitaciones de la casa. No había en ellas nada anormal. Sólo en el pasillo vieron unas huellas de sangre causadas por los tacones de una mujer.

Sandra dominaba sus nervios haciendo un terrible esfuerzo para que no estallaran.

—Otro detalle —dijo él—. Vaya.

—No me moveré de aquí —musitó Sandra—. Ha de venir alguien, quien sea. Averiguaré lo qué ha ocurrido.

—Lo que ha ocurrido aquí será una operación de castigo para tus jefes, Sandra, pero para las autoridades italianas es una pelea bestial donde al parecer ha habido tres muertos. Si te encuentran vas a pasarlo mal. Más vale que te largues con tus amigos.

—No puedo hacerlo.

—Piénsalo bien. Faltan veinte minutos para la hora acordada. Si

te das prisa aún llegarás a tiempo.

Sandra pareció vacilar. Parecía estar en uno de los minutos más angustiosos e intensivos de su vida. Pero la vacilación no duró mucho, porque en ese momento una voz dijo a su espalda:

—Es ya tarde, amiga. Es tarde para todo... excepto para morir.

CAPÍTULO VI

Harry comprendió que el que hablaba ya les estaba encañonando, y no se anduvo por las ramas. Tenía la «Smith» en la mano, con el seguro suelto y a punto para actuar. Dio un empujón con el codo a Sandra, mientras él se arrojaba al suelo, y de un solo balazo hizo estallar la lámpara que alumbraba toda la habitación.

Dos fogonazos brotaron junto a la puerta. Harry pudo haber liquidado al imprudente que se delataba así, sin moverse del sitio, pero no lo hizo porque necesitaba saber quién era. Sandra debió pensar lo mismo y su «Luger» no ladró una sola vez.

Pero las cosas se complicaron cuando alguien más empezó a disparar desde la ventana, barriendo completamente el suelo.

Era una batida en regla. Quien fuese tiraba a matar.

Sandra hizo un disparo hacia la ventana, y Harry, que estaba junto a ella, le partió la boca de un puñetazo.

Sandra no se movió. Sabía cómo hay que trabajar en la oscuridad. Se pegó a la pared y trató de que hubiera muebles delante de su cuerpo. Se escuchó el «chap, chap» de varias balas clavándose en las butacas, en los tapices. Harry llegó junto a la muchacha.

—No dispaes. Estate aquí quieta mientras trato de abrir camino. No hay nadie aún en esa otra ventana.

Se oyó el ronquido de un *jeep*. Sandra musitó:

—¡Es la policía!

—Razón de más para que no dispaes. Debe haber un verdadero regimiento sitiando la casa.

Nadie había gritado hasta entonces, limitándose los de la policía a disparar como borrachos. Al fin, alguien más sensato, gritó:

—¡Pronto! ¡Gases lacrimógenos!

—Cerrarán luego la puerta de la habitación —musitó Harry—. Hay que salir enseguida. Él mismo saltó hacia la ventana, sin hablar

más, y con su cuerpo hizo astillas el cristal.

Varias balas le siguieron, pero ya era demasiado tarde. Desde el pie de la ventana, gritó:

—¡Por la puerta, muchacha! ¡Por la puerta!

Demasiado sabía ella lo que significaban aquellas palabras. Se había preparado ya la falda de modo que tuviera las piernas libres. Hizo lo que había hecho otras veces en las competiciones de salto de vallas. Los cristales le arañaron el rostro mientras las balas volaban confusas por la habitación, otra vez demasiado tarde.

Vio a Harry luchando a brazo partido con un agente de paisano. Harry lo volteó y se oyó el chasquido siniestro de un hombre que se descoyunta, mezclado con un alarido de dolor. Sandra se sintió tomada por una mano e impulsada hacia delante.

La voz de Harry musitó:

—El río...

Era su única esperanza. El jardín de la casa estaba lleno de sombras que se movían silenciosamente de un lado para otro, buscando su presa. Sólo podían salvarse si lograban llegar a los cañaverales, junto al agua.

Corrían inclinados y buscando la protección de los arbustos. Sandra, a pesar de sus zapatos de alto y fino tacón, se movía con la agilidad de un felino. La misma voz que antes había pedido gases, gritó:

—¡Una bengala!

La bengala estalló e inundó de luz blanca el jardín. Había un *jeep* a poca distancia y, además, Sandra creyó ver tres cuerpos tendidos en el suelo. Se dejó arrastrar por Harry a una hondonada entre los arbustos, mientras varios policías corrían apenas a cinco pasos de ellos.

—¡Id tirando bengalas hasta que los veáis! ¡No pueden estar lejos!

—Si logramos dar la vuelta al *jeep*, no nos verán —musitó Sandra—. Detrás hay un desnivel.

—Espera.

Estalló otra bengala. Cuando aún su claridad no se había extinguido del todo, Harry musitó:

—Ahora.

Saltaron hacia el *jeep*. Un agente los vio y creyó que iban a

apoderarse del vehículo. Como se movían con tanta rapidez, empezó a disparar contra la zona que sin duda seguirían, ignorando que lo que interesaba a los fugitivos no era el *jeep*, sino el desnivel de terreno que llevaba blandamente hasta los cañaverales del río.

Harry y Sandra empezaron a rodar desnivel abajo, mientras las balas silbaban por encima de sus cabezas. La policía italiana, normalmente tan comedida y respetuosa, tiraba esta vez a matar. Harry sintió que una bala le arrancaba materialmente cabellos de su cabeza. Llegaron a los cañaverales tras los que estaban las aguas del Tíbet.

Había más *jeeps* en los alrededores de la casa y, de repente, todos sus faros encendidos se pusieron a escrutar la oscuridad de la orilla.

—Tenemos que meternos en el agua —susurró Harry—. ¿Sabes nadar por debajo de la superficie, Sandra?

—Sé hacer todo lo del mundo, menos besar a los hombres.

—Pues trata de llegar a la otra orilla, pero dejándote llevar por la corriente un buen trecho. Nos reuniremos donde podamos. Para orientarte imitaré el canto de un grillo en trinos de tres en tres. Es el único animal al que sé imitar. Buena suerte, Sandra.

Se introdujeron los dos en el agua, procurando no mover las cañas. De todos modos, no lo consiguieron plenamente, porque las puntas debieron moverse y una ráfaga de metralleta siguió la ruta que habían tomado sus cuerpos.

Harry sintió las balas chapotear muy cerca de sí.

Dio un empujón a Sandra, para que se alejara, y se hundió en el agua todo lo que pudo. El agua estaba negra, espesa y tenía sabor a ciénaga. Instantáneamente, el Tíbet dejó de parecerle un río poético y dulce. Trató de nadar a toda la velocidad posible, mientras las balas se hundían junto a él, y con los ojos muy abiertos quiso ver si Sandra nadaba también. No lo consiguió.

Desde la orilla llegaban voces roncadas.

—¡Deben estar entre las cañas! ¡No se han metido en el agua!

—¡Vosotros tres, dad una batida!

—¡Giorgio, vea si puede hacer algo! ¡Usted es un gran nadador!

—¡Vayan lanzando bengalas sobre el río!

Harry oía perfectamente estas voces, mientras nadaba con todas sus fuerzas hacia la orilla opuesta, dejándose al mismo tiempo

arrastrar por la corriente. Antes de que las bengalas iluminaran las aguas, salió y respiró. Luego volvió a hundirse.

Cuando ya estaba a punto de desfallecer, sus manos tocaron el fango de la otra orilla. Respiró de nuevo, tensó todos sus músculos y esperó a que entre el estallido de dos bengalas quedara un instante de obscuridad. Cuando éste se produjo, saltó hacia las cañas y se perdió entre ellas, procurando no moverlas con su cuerpo.

«Ahora —pensó—, sólo me falta tener que imitar el canto de los grillos».

Pero se puso a hacerlo, porque era el único medio de localizar a Sandra. Los disparos se oían, mientras tanto, a pocos metros y la luz fantasmal de las bengalas lo iluminaba todo a intervalos de medio minuto. Más que una redada policial parecía aquello una auténtica acción de guerra.

Repitió doce veces el período de tres trinos. Empezaba a impacientarse, porque algunos policías se habían arrojado ya al agua, cuando creyó percibir un rumor a su espalda.

Se volvió rápidamente, mientras hacía girar la «Smith». Una bala se la destrozó sin rozarle ni siquiera la mano.

Sandra estaba allí, tras él, y con la «Luger» todavía humeante le apuntaba al centro de la cabeza.

—¿Vas a terminar tu misión? —preguntó fríamente él—. ¿Por qué no disparas de una vez, hiena?

Ella apretó los dientes y estuvo a punto de apretar también el gatillo. Se daba cuenta de que no volvería a tener quizá otra ocasión para eliminar al hombre a quien habían ordenado traer a los Estados Unidos o liquidar si se resistía. Harry estaba indefenso ante ella y no podía escapar. Pero al fin, mientras de sus ojos brotaba una llamarada de desprecio hacia sí misma, hizo bajar el cañón de la pistola poco a poco.

—Está bien —dijo—. No me va a resultar fácil matarte, pero eso no significa que haya renunciado a hacerlo.

—De modo —susurró él burlonamente—, que además de un perro de presa eres también una mujer.

—¡Soy una mujer que tiene una misión que cumplir!

—Está bien, Sandra. Esos tipos que se acercan a la orilla también tienen una misión que cumplir y, si lo consiguen, tú y yo vamos a andar juntos por toda la eternidad, cogiditos de la mano. ¿Conoces

bien esta zona, entre la autopista y el Tíbet?

—Sobre el plano sí, pero ésta es la primera noche que he puesto los pies en ella.

—Vamos a separarnos y a fijar un punto de reunión. Tú sigue siempre a tu izquierda, atravesando unos campos de trigo que encontrarás a medio kilómetro, y terminarán dando con la parte trasera de las casas de un barrio que es ya un arrabal de Roma. Piérdete en el laberinto lo más que te sea posible. No creo que de momento te busque la policía por allí.

—Muy bien, Harry, pero ¿y tú?

—Ya conozco otro camino un poco más largo y difícil, pero en cambio tengo la ventaja de que no hay en Roma un palmo de terreno que no haya pisado ya. Fijemos un punto de reunión, Sandra, puesto que ya no tienes tiempo de marchar con tus amigos. Busca en la guía telefónica un bar que se llama Serrallo y preguntas al dueño por Har y Morton. Él sabrá facilitaros una entrevista en cualquier lugar discreto.

—¿Qué va a ocurrir con nuestras ropas empapadas?

—Quizá se sequen algo por el camino. Y en el Serrallo nos prestarán algo para salir del paso.

Le tendió la mano y dijo:

—Buena suerte, Sandra. Me debes una pistola.

—Buena suerte, Harry. Me debes un viaje a los Estados Unidos.

CAPÍTULO VII

Se separaron rápidamente, moviéndose en las tinieblas con rapidez de ardillas. Estaban tan preparados para estas situaciones que todos sus movimientos eran exactos, cronométricos. Sandra corrió hacia la izquierda y Harry siguió por la orilla del río.

Los policías buscaban inútilmente. No habían sabido distinguir el disparo de Sandra, confundido con los otros y ahora no sabían si los fugitivos estaban o no en las orillas del Tíbet. Al fin, el jefe de la operación dijo que no se arrojaran más bengalas y pidió que se agrupasen sus hombres cerca de la casa.

Sandra pudo llegar hasta los campos de trigo y los cruzó en dirección a las luces que se divisaban en la lejanía. Su reloj se había parado, pero debía hacer ya bastante tiempo que los tres gorilas de la embajada salieron rumbo a Ventimiglia. Ahora estaba sola en Roma con un hombre al que debía capturar o matar. Su único amigo y su mayor enemigo.

Encontró un taxi cerca de las primeras casas y preguntó al conductor si conocía el bar Serrallo. Él dijo que sí, pero no añadió más porque afortunadamente era un viejo.

El dueño del Serrallo resultó ser un tipo de unos cuarenta y cinco años, de maneras corteses y mirada audaz, que abrió mucho los ojos al verla, con ganas de ponerse a lanzar ladridos de entusiasmo, pero que disimuló al saber que a ella la enviaba Harry Morton.

—Harry es un buen tipo, señorita. Yo siempre digo que es demasiado buena persona para este mundo y que deberían guillotinarlo. Si tienen interés en que no les moleste nadie, les llevaré a las habitaciones del piso superior. También puedo facilitarle algo de ropa.

—Gracias. Creo que la necesito.

—Si luego quiere algo más, llámeme por medio de un timbre

que hay junto a la puerta. Mi nombre es Giulio. Haré cualquier cosa por una amiga de Harry si esa amiga es como usted. ¡Qué cuerno!

La introdujo en una sala amueblada al gusto moderno, donde había una cama plegable. Recomendó a Sandra que descansase, y cinco minutos después había vuelto con una montaña de ropa femenina donde había desde medias hasta un gracioso pañuelito para el cuello. Sandra se desvistió, al marcharse él, y se puso las ropas nuevas, que eran aproximadamente de su medida y no le sentaban mal. Al contrario, como eran un poco estrechas aún acentuaban más las líneas de su cuerpo.

Trató de poner en marcha su reloj y lo consiguió al fin. El tiempo transcurría con una lentitud exasperante, sin que Harry volviera. Sandra empezó a dar vueltas a un lado y otro de la habitación, esperando que de un momento a otro él apareciera por allí. Pero Harry no daba señales de vida, lo que indicaba que quizá lo habían cazado al intentar avanzar por la orilla del río.

Se impacientó al fin y oprimió el timbre junto a la puerta. Al cabo de diez segundos, Giulio estaba allí.

—¿Sabe algo de Harry?

—No sé nada, pero no se impaciente. Harry siempre llega al fin. Nos conocimos en la guerra desde que me hizo prisionero. Lo primero que se le ocurrió después de desarmarme fue invitarme a beber. ¡La de juergas que desde entonces nos hemos corrido juntos! Crea que casi lloramos cuando esto se acabó y a Harry lo sacaron de Italia.

—¿Corro algún peligro si salgo a la puerta? ¿Se acerca la policía por aquí?

—Será mejor que no salga. Tenga paciencia, porque Harry vendrá.

Estas palabras tranquilizaron a Sandra, pero cuando media hora después seguía sin aparecer, comenzó a dar nuevamente muestras de nerviosismo. Al fin y al cabo, ella podía haberse refugiado en la Embajada y no tenía por qué depender de un tipo como Giulio, al que no conocía. Allí podía peligrar todo su trabajo. Abrió la puerta, descendió por unas tortuosas escaleras de madera y se sentó junto a la barandilla de un oscuro altillo que había en el piso superior y que dominaba el bar.

Dejó transcurrir unos cinco minutos, contemplando en silencio a

los que entraban y salían, sin distinguir rastro alguno de Harry. Al fin, una voz sonó a su espalda:

—Buenas noches, señorita.

Hablaban en correcto inglés. Sandra se volvió, un poco sorprendida, pero empuñando con firmeza el bolso donde contenía la «Luger».

El hombre que estaba a su espalda, sentado en la penumbra, tras una mesa del fondo del altillo, no tenía desde luego aspecto de necesitar un tratamiento a base de plomo. Su aspecto, un poco cansado, era el de un intelectual que no ha recibido más que desengaños en el camino de la vida. Sus manos eran finas y blancas, y su corbata no estaba excesivamente bien anudada ni era de precio. El traje que llevaba había sido confeccionado por unos grandes almacenes, y no usaba reloj.

Sandra le dirigió la sonrisa estrictamente profesional de la mujer para quien los hombres son el mayor aburrimiento del mundo.

—Llevo aquí bastante rato observándola —dijo él—. Estaba en este lugar cuando usted ha entrado, pero no me ha visto a causa de la penumbra. He adivinado que era usted norteamericana porque tiene una gran serenidad en sí misma. Yo he estado en Norteamérica varios años, prisionero. Un gran país.

—Sí.

No estaba dispuesta a perder el tiempo con latosos. Harry no venía...

—No pretendo molestarla, señorita, pero sin duda espera usted a alguien. ¿Puedo ayudarla?

—¿A esperar?

—La espera en compañía es menos desagradable.

Soy Carlo Andromecaro, poeta lírico. ¿No ha leído usted en la revista Lejana Luz alguna de mis últimas composiciones?

—No conozco esa revista.

—Claro —dijo él con desaliento—. Es de minorías. Bueno, sentiría haberla molestado, señorita. A veces me siento muy solo, y he adivinado que usted lo está también. Si alguna vez me necesita llame a este teléfono.

Se había levantado para dejar una tarjeta sobre su mesa. Sandra ni siquiera la miró.

—Gracias.

—¿Vive usted aquí?

—¡Oh, no!

—No se moleste si vuelve a verme. Tengo obligación de buscar la belleza allí donde se encuentre, pero sé respetarla también. Buenas noches, señorita...

—Sandra. Me llamo Sandra. Buenas noches.

El hombre se alejó y Sandra no le dirigió una sola mirada, mientras descendía por las escaleras hacia la planta baja del bar. Guardó la tarjeta en su bolso, siguió esperando durante unos minutos más y al fin regresó a la habitación, cerca de cuya puerta estaba Giulio, caminando preocupado con las manos a la espalda.

—Harry no ha regresado —musitó ella.

—No. Y es extraño.

—¿Sabe si tiene algún otro refugio en Roma?

—El Albergo Anzio.

—No puede volver allí. Lo conoce todo el mundo.

—¿Es que está metido en un mal paso?

—Relativamente. Usted sabe a qué se dedica Harry, ¿no?

—A dar clases de lucha.

—¿Y antes?

—Yo lo conocí de soldado y luego lo he conocido de luchador. No quiero preguntar más, amiga.

—Hace bien. Y ahora dígame sinceramente si cree que Harry vendría aquí en el caso de necesitar un refugio seguro.

—No conoce en todo Roma a nadie que esté dispuesto a ayudarle como lo estoy yo.

—Entonces debo temer lo peor —susurró ella, con desaliento—. Está bien, Giulio. Gracias. Iré a esa habitación y procuraré dormir. Creo que empiezo a necesitarlo.

—¿Es que de veras está usted interesada por Harry, muchacha?

—Usted no me entiende —dijo Sandra, con un relámpago en sus ojos—. Los leones también están interesados por los siervos a los que devoran, ¿no es así? Buenas noches, Giulio.

Se encerró en la habitación, cerró con llave y sin desnudarse se tendió en el lecho plegable. Por primera vez en su vida se sentía desorientada. Aguardó todavía más de dos horas a que Harry volviese por allí, y al no conseguirlo se durmió poco a poco.

Su sueño estuvo plagado de pesadillas en las que siempre veía

un cadáver flotando sobre las aguas. Desde que entró al servicio del FBI no había tenido nunca pesadillas tan estúpidas. Varias veces trató de despertarse y volver a la realidad, pero no pudo.

Por la mañana, cuando recobró el normal funcionamiento de todos sus sentidos, se dio cuenta de que alguien había hecho pasar unos periódicos por debajo de la puerta.

Se acercó a ellos, los recogió y los desdobló ávidamente.

CAPÍTULO VIII

Eran periódicos ponderados, como suelen serlo todos los periódicos romanos. Pero aquella mañana se habían salido un poco de tono y publicaban una fotografía de mal gusto. Tres cadáveres pegados a la rueda de un *jeep* en un declive del terreno.

Los tres cadáveres o bultos que Sandra había creído distinguir cuando saltó por la ventana de la casa.

Eran el de Erna y el de los dos hombres, estaba segura. Alguien los había sacado de la habitación, después de limpiarla y transformarla completamente, y los había dejado en el jardín de la casa, cerca de la entrada, para que los viese la policía.

Pero ocurría algo más. Las fotografías eran claras y aun así, Sandra no pudo reconocer los rostros de los muertos.

Erna había recogido un verdadero aluvión de plomo, sobre todo en la cabeza, pero no así los demás. A los demás se les hubiese podido reconocer fácilmente de no haberlos tocado nadie.

Pero alguien se había entretenido en repasarles las facciones para que éstas no tuvieran forma humana. Era imposible la identificación, a no ser por procedimientos de laboratorio.

Alguien, un verdadero monstruo, había «arreglado» aquellos rostros después de llegar la muerte. Parecía como si los tres cadáveres hubiesen estado expuestos a los zarpazos de un león o a la rabia de un gorila.

Sandra dejó los periódicos sobre la mesa, porque todo aquello le causaba una inenarrable confusión, y se dirigió hacia la ventana, abriéndola. Hacía una hermosa mañana de fines de verano. Una hermosa mañana en la que todo parecía reír.

Todo menos aquellos tres cuerpos que miraban al mundo desde su sitio en la primera página.

Sandra se duchó en un cuarto contiguo, se arregló y salió de la habitación. Giulio seguía paseándose de un lado a otro, con las

manos a la espalda. Parecía como si desde la noche anterior no se hubiese movido.

—¿Adónde va? —preguntó, mirándola a los ojos.

—Voy a tratar de localizar a Harry.

—Si tiene que ver algo con la policía, no se arriesgue a pasear por la calle, amiga. La policía italiana es muy astuta.

—No se preocupe por mí. Si he de detenerme en algún sitio, lo haré en el Vaticano. Allí no hay peligro.

Salió, y durante toda la mañana estuvo recorriendo Roma. Llevaba una tarjeta de presentación, con nombre supuesto, para uno de los auxiliares de la Facultad de Medicina. Estas tarjetas suelen formar parte de los bagajes de las personas como Sandra porque en determinadas circunstancias resultan de una extraordinaria utilidad. Por ejemplo, en este caso. Sandra se presentó al ayudante, le dijo que le gustaría visitar las instalaciones y el depósito de cadáveres, y lo estuvo recorriendo todo con una extraordinaria detención durante más de una hora. El depósito fue objeto de sus especiales preferencias y pudo ver a los tres cadáveres de la noche anterior, los cuales, en efecto, estaban desfigurados a golpes de piqueta.

—No debe ser un espectáculo demasiado agradable para usted —dijo el ayudante—. ¿A qué se dedica en los Estados Unidos? ¿Está relacionada de algún modo con esta profesión?

—Sólo en cierto modo. Soy enfermera titular de un hospital de urgencia. Pero a pesar de haber visto muchos muertos, confieso que jamás había encontrado tres que tuviesen un aspecto tan horrible.

—Alguien los asesinó anoche. Y cuando ya estaban muertos fueron machacados por la misma persona o por otra que tiene instintos sádicos. Hay algo de macabro en todo este caso. Pero será mejor que olvidemos esto y la lleve a otros lugares más agradables.

Sandra salió más tranquila del depósito, porque no había visto en él al cadáver de Harry.

«Aunque en realidad no debería importarme —pensó—. ¿Por qué todo esto, al fin y al cabo? Si Harry estuviese muerto, yo podría volver a Estados Unidos diciendo que había concluido mi misión, mientras que ahora...».

Se sentía prisionera en Roma. Estaba como cautiva en aquella ciudad, una de las más hermosas del mundo. No cesó de vigilar a su alrededor, lo mismo en El Vaticano que en las calles comerciales

que afluyen a Vittorio Veneto. Cuando ya entrada la tarde se sentó a tomar unos bocadillos en un restaurante, había leído ya todos los periódicos, visitado los dispensarios, las clínicas más importantes y los dos grandes hospitales de la ciudad. Ni rastro de Harry Morton.

Mientras comía sin apetito, trató de pensar en lo sucedido. Alguien debió verla mientras salía de la casa, antro poco después y descubrió los tres cuerpos. Los hizo desaparecer de la casa, pero los depositó en el jardín para que los viese la policía al llegar, y seguidamente limpió con gran habilidad la habitación donde había tenido lugar la lucha. Hecho esto, avisó a la policía, diciendo que encontraría a la asesina en la misma casa escenario del crimen. Y envió aquella tarjeta al Albergo Anzio para que ella, Sandra, no tuviese más remedio que volver a la casa junto al Tíbet. Sólo quedaba un punto oscuro, y era cómo sabía que ella estaba precisamente en el Anzio. Pero la dificultad se resolvía por sí misma si el misterioso autor de todo aquello había dispuesto de un cómplice capaz de seguir a Sandra y telefonarle diciendo el sitio adónde la tarjeta podía ser enviada.

¿Qué fin se proponían con todo aquello? Uno, el primero, que la policía diera muerte a Sandra, pues era lógico que en sus circunstancias Sandra no se dejara capturar viva. Otro fin era distraer la atención de la policía con un caso que parecía apasionante como aquél. Y, por fin, el autor o autores de todo aquello habían desfigurado salvajemente a golpes los cuerpos hallados en la habitación para que nadie pudiera identificarlos y no se supiese por el momento que los muertos eran Erna Forget y dos argelinos que tenían su centro de actividades en la Kasbah.

Éste era un punto en el que Sandra tenía que profundizar. Lo supo cuando salió a la calle y se enfrentó otra vez a la serenidad inmensa de las tardes de Roma. Harry era un punto de su misión, pero el contrabando de armas para Argelia era otro. Y ese contrabando sangriento no había terminado porque ella hubiese vaciado un cargador casi entero en la cabeza de Erna Forget. Ni porque dos argelinos yaciesen junto a ella con el cuerpo machacado a golpes de piqueta.

Recordó el nombre del joven que iba a contraer matrimonio con Erna: Gino Castella. Y recordó también su dirección, cercana a la *Piazza Barberini*. Sin vacilar, Sandra se dirigió hacia allí.

La dirección correspondía a una antigua joyería. Estaba cerrada al público, pero un rótulo descolorido aún indicaba su anterior condición. A los lados de la puerta metálica, dos pequeños y anticuados escaparates mostraban sus vidrios rotos.

Sandra golpeó con los puños la puerta metálica, tras asegurarse de que el timbre no funcionaba, y aguardó.

Una puertecilla secundaria se abrió al cabo de unos minutos y un hombre moreno, joven, de ensortijados cabellos apareció en el hueco.

—¿Qué quiere?

Sandra había visto muchos tipos como aquél en las calles y en los campos de Argelia. Supo inmediatamente qué clase de hombre era el que tenía enfrente, y dijo sin vacilar:

—Quiero ver a Gino Castella.

—¿Para qué?

—Dígale que soy una amiga de su prometida Erna Forget. El otro no manifestó ninguna sorpresa.

—Pase.

Sandra entró en una gran sala que en tiempos anteriores debió servir para exposición y ventas. Aún quedaban unas grandes vitrinas donde debieron guardarse los objetos de orfebrería de no demasiado valor. Al fondo había una puerta metálica que sin duda debía dar a la cámara acorazada de la tienda.

—Por aquí.

Era como meterse en la boca del lobo, pero Sandra ya estaba acostumbrada a trabajar de ese modo. Sentía el peso tranquilizador de la «Germán Luger» en su bolsillo. Sandra se hallaba acostumbrada a salir de los sitios tirando a la cabeza si era necesario. Se había enfrentado con varios hombres a lo largo de su carrera y todos estaban muertos. Los que hubiera allí no iban a ser una excepción si se ponían pegajosos. Su vida no admitía misericordia, ni piedad, ni admitía un sentimiento llamado clemencia.

La puerta metálica se cerró tras ella, y Sandra, en efecto, se encontró en la cámara acorazada de la antigua tienda.

Ningún ruido que allí se produjera debía llegar al exterior. Era como una condenada trampa, pero esta certidumbre no logró que se alterara un solo músculo del rostro de Sandra.

Había una puerta al fondo. El tipo moreno la abrió, mientras decía:

—Espere.

Por el hueco, Sandra pudo ver un despacho. En ese despacho estaba un hombre, también moreno, alto y fuerte. A su lado había una mujer rubia. La postura de la rubia era descuidada. Ambos se estaban besando.

—¡Vete al infierno, Keral! —gritó el de dentro.

El llamado Keral señaló a Sandra, que estaba tranquilamente sentada en el borde de una silla. Y el otro, al verla, hizo saltar a la rubia casi de un puntapié. Seguramente no había visto nunca una mujer como Sandra, porque sus ojos se abrieron igual que dos ventanas redondas.

—¿Es esa manera de tratarme, Gino? —gritó la rubia—. ¡Maldito sea el condenado día en que naciste, Gino! ¡Debí haberme muerto el día en que te vi, Gino! ¡Hubiese tenido que...!

Él la golpeó con la derecha. La mujer sólo acertó a gritar:

—¡Gino!

—Sácala de aquí, Keral, y hazme entrar a esa otra beldad. ¿Qué es lo que quiere?

—Dice que es amiga de Erna Forget.

—Aunque sea amiga del mismísimo demonio. Que entre. Keral se volvió y dijo:

—Ya lo has oído, guapa.

La rubia pasó junto a Sandra, lloriqueando, y le dijo en la cara unos cuantos insultos que hubiesen hecho enrojecer a un marino.

Pero Sandra no se había inmutado. Un cigarrillo flotaba suavemente en sus labios cuando atravesó el umbral de la puerta y se enfrentó con Gino Castella.

Gino Castella, sentado detrás de su mesa, la miró como un perro grande y sarnoso miraría a una perrita lulú.

—Pasa, guapa.

Keral había cerrado la puerta a su espalda. No había ventanas allí, pero un completo sistema eléctrico de ventilación permitía que el aire no fuese irresistible. La luz eléctrica marcaba cada gotita de sudor y de excitación en el rostro de Gino Castella.

Sandra lo había clasificado ya. Gino era un aventurero. Fuese de la nacionalidad que fuese, no tenía patria, ni raza, ni alma. Era

carne de cañón de los grandes mercados internacionales del crimen. Uno de esos hombres que sólo piden una pistola, un buen puñado de billetes y un buen lote de mujeres a las que dominar. Suelen morir antes de los cuarenta años, pero para entonces ya han vivido lo que corresponde a dos o tres siglos. No era extraño que Erna Forget, su doble femenino, se hubiera enamorado de un hombre así. Fiera por fiera.

Sandra se preguntó, en silencio, cómo hubiera sido la vida y la muerte de este monstruoso matrimonio.

Gino chasqueó la lengua y dijo:

—Estás muy bien de figura, nena.

—Y eso que el vestido no me sienta bien.

—Siéntate.

Sandra se sentó en una de las butacas, frente a la mesa, cruzó las piernas y lanzó al aire una suave y lánguida bocanada de humo. Sus carnosos labios parecían acariciarlo, mientras lo expulsaba poco a poco.

—¿A qué has venido?

—Soy una de las amigas de Erna Forget.

—Erna Forget es mi prometida.

—Ya lo sé. Pero, la verdad, hace un momento, cuando se ha abierto esa puerta, no lo parecía.

—¡Bah! Erika es una buena amiga. Alemana, ¿sabes? Pasó muchas cosas hace tiempo en su país... Cosas... ¡Eah! Condenas y todo eso por monstruosidades en campos de concentración. No es una chiquilla, no creas. Tiene treinta y cinco años. —Chasqueó la lengua e hizo un sonido gutural con la garganta—. Muy bien, nena, te felicito. Has tenido un gran acierto al venir a ver a Gino Castella. ¿Estás sin ocupación?

—Puede —murmuró Sandra, mientras lanzaba al aire otra bocanada de humo. Los ojos de Gino no se apartaban de ella y eran obsesionantes como los ojos de un reptil—. Una mujer como yo siempre contesta «puede», sin comprometerse a nada, y se limita a esperar.

—¿Qué edad tienes?

—Veinticinco años.

—¿Nacionalidad?

—Norteamericana.

—Se nota en el acento, aunque hablas el italiano con mucha perfección. ¿Qué haces en Roma, amiga?

—Trabajo con Erna.

—¿Sí? Pues háblame de Erna.

Sandra descruzó las piernas, cambió de postura y clavó en Gino sus ojos que parecían dulces, pero que eran escrutadores y fijos como los de un cazador cuando acecha su presa.

—Estaba citada con ella en una librería del Corso Umberto. Teníamos que encontrarnos esta mañana examinando libros extranjeros, para hablar del regreso a Argel. Yo he estado con Erna en Argel, y en Constantina, y en otros sitios peores. He estado también en Meluza. Sé de Erna todo lo que se puede saber.

—¿Incluso que se casaba hoy? Sandra aparentó sorpresa.

—No, eso no lo sabía.

—¿Cómo entonces has venido a parar aquí?

—Ella me habló de ti. Me dijo que iba a casarse contigo y me explicó una serie de cosas que ahora no puedo repetirte. Sé que eres un hombre peligroso, Gino... cuando una mujer te gusta. Pero lo que no sabía era que Erna se casase precisamente hoy. ¿Le ha ocurrido algo?

—No, no le ha ocurrido nada. Pero lo que aún no me has dicho es por qué estás aquí.

—Mis explicaciones constituyen la mejor respuesta. Tenía que hablar con Erna esta mañana en un determinado lugar y Erna no ha aparecido. No conozco en Roma ninguna dirección relacionada con ella, excepto ésta. Al ver una mujer en tu despacho pensé que pudiera ser ella, pero luego... Bueno, Erika y Erna no se parecen en nada. Lo siento.

—¿Sabes que aún no me has dicho tu nombre?

—Me llamo Sandra.

—Es bonito. Tienes un bonito nombre, una bonita cintura. Tienes bonito todo lo demás. Me alegra que hayas venido, Sandra. Vas a ser una buena amiga de Gino Castella.

—Lo que necesito saber es dónde se encuentra Erna.

—¿Por qué tanta prisa?

—No hago nada en Roma. Mi trabajo está en Argel. Estoy aquí sin dinero, sin ayuda. Si permanezco muchos más días aquí, esto va a ser un desastre.

—¿Has cometido alguna tontería?

—La tontería fue salir de Argel. Allí conozco mucha gente que hubiera podido ayudarme, mientras que Roma es para mí la ciudad más extraña del mundo.

—No lo será mientras estés junto a Gino, muchacha.

Se levantó, dio la vuelta a la mesa, se acercó a ella y la hizo poner en pie sin ninguna delicadeza.

—Bienvenida...

Iba a besarla. Sandra apretó los labios y trató de imaginar en dónde haría más daño una buena llave de judo.

Cuando él trató de ceñirla por la cintura, se la aplicó.

Se la aplicó con todas sus fuerzas y toda su saña en las vértebras del cuello. Gino dio un respingo, sorprendido, pero al instante reaccionó y empezó a sonreír, mientras Sandra apretaba su presa. Era increíble que un hombre pudiese resistir tan terrible dolor, porque Sandra era experta en judo y aplicaba aquella presa con toda la crueldad que le era posible. Pero Gino era un gigante. Aunque su sonrisa se hizo forzada y sardónica, como la sonrisa de la muerte, no por eso desapareció de sus labios.

Era un verdadero coloso para quien no existían ni su dolor ni el dolor de los demás. Sandra lo soltó al fin, desconcertada por primera vez en su vida.

—Lo he hecho por defenderme —susurró—. En determinados momentos no me gusta que me besen.

Él movió su puño derecho y lo clavó en los labios de Sandra. La muchacha cayó al suelo y él la golpeó con el pie. Sandra intentó sacar la pistola del bolso, pero él se la alejó de otro puntapié, mientras reía bestialmente. La sujetó por la blusa, y mientras la sostenía con una mano estuvo abofeteando a Sandra con la otra hasta que los dedos le dolieron de tanto pegar.

—Está bien, nena —masculló, soltándola al fin para que cayera al suelo nuevamente—. Basta ya de comedia. Has venido aquí jugándotelo todo por el todo, y la broma ha salido mal. Yo te vi anoche salir de la finca junto al Tíbet, donde con tus balazos «pasaste» a Erna y a los otros dos. Yo avisé a la policía y yo les repasé bien la cara. Ahora voy a hacer algo parecido contigo, muchacha.

Oprimió un timbre de los que había en la mesa, y en la

habitación irrumpieron dos hombres.

CAPÍTULO IX

Los dos eran del tipo de Gino Castella. Quizá menos altos y menos fuertes, pero con la misma expresión viciosa y taladrante en los ojos. Uno de ellos era argelino, mientras que el otro, blanco y sin pestañas, parecía ser alemán. Los dos lanzaron silbidos de admiración al ver a la muchacha.

—¡Vaya! ¿De dónde ha salido este monumento, Gino?

—Trabaja para nosotros, pero al revés. Ella fue la que mató a Erna. Y ahora va a ser tan amable que nos dirá a qué organización pertenece. ¿No es así, dulce cariño?

La puso en pie y la arrojó contra la cercana pared, haciendo que todo el cuerpo de Sandra estallase en el tabique. Pero la muchacha pareció salir rebotada, pegó un cabezazo en el estómago de Gino y luego le escupió a la cara, junto a los ojos.

Gino lanzó otra maldición y le clavó dos salvajes ganchos en la mandíbula. Sandra cayó a tierra, semi-inconsciente, sintiendo nada más que aquélla era su última aventura.

Los dos recién venidos se acercaron a ella, la levantaron y la tumbaron como un fardo en una de las butacas.

—Así.

Gino tomó un sifón del bar cercano, que había en un ángulo de la habitación, y vació a presión su contenido sobre el rostro de Sandra, hasta que ésta abrió los ojos y empezó a gemir.

—Muy bien, muchacha. Ahora ponte cómoda, porque vamos a tener una conversación muy interesante.

Sandra se reclinó un poco en el sillón y trató de mantener una actitud elegante; al fin y al cabo más valía morir así.

—¿Qué piensas de mí, cariño? —preguntó Gino.

—Que de un tipo que se atreve a destrozar a golpes la cara de su novia, después de muerta, puede esperarse cualquier cosa.

—Tienes razón —sonrió él—. Cualquier cosa. Y ahora, dime:

¿tienes alguna esperanza de salir viva de aquí?

—No. De sobra sé cómo son las cámaras acorazadas de las joyerías. No llegaría ningún sonido al exterior ni aunque me mataseis a cañonazos.

—Eres una mujer inteligente, Sandra. Por eso precisamente alquilamos este local. Sandra se había encontrado con muchos aventureros desalmados, a pesar de su juventud, y Harry Morton mismo era uno de ellos. Pero jamás había conocido a tipos como los que formaban aquel grupo del hampa internacional del crimen, como los tres individuos que ahora tenía delante y que empezaban ya a mirarle con las bocas babeantes, ante la expectativa del festín.

—Te aconsejo que hables claro desde el primer momento —dijo Gino—. ¿A qué organización perteneces?

—Al FBI.

Hans lanzó un silbido.

—¿Qué tiene que ver el FBI con esto?

—Parte de la cadena del contrabando de armas para Argelia empieza en Estados Unidos. Se han cometido crímenes allí. Las armas son yanquis. La posición de mi país quedará desairada si no termina de una vez este negocio. Y por eso estoy yo aquí.

—¿Tu trabajo ha empezado en Italia o en la misma Argelia?

—Empezó en Estados Unidos, donde asistí al interrogatorio de uno de los traficantes, acusado, además, de asesinato en primer grado. Ese hombre fue después a la silla eléctrica. Posteriormente pasé a Argelia y establecí contacto con los traficantes de la cadena en aquel país. He estado casi ocho meses en un verdadero infierno, viendo cosas que no olvidaré jamás. Y cuando pasé a Italia, para la última fase de la operación, tenía un solo deseo: matar. El que me ordenaran terminar con Erna y con los otros fue un alivio para mí.

—¿Hiciste el trabajo tú sola?

—Yo sola.

—Pues Erna no era una niña cándida, ni sus amigos tampoco. ¿Cómo pudiste terminar con ellos?

Sandra produjo un chasquido con la lengua.

—No eran demasiado listos para darse cuenta de la situación. Y cuando se dieron cuenta de la situación resultó que tampoco eran demasiado listos para manejar la pistola. No fue difícil acabar con ellos, como no lo sería acabar con vosotros si yo tuviese una sola

oportunidad.

—No la tendrás, muñeca.

—Lo doy por descontado.

—¿Y por qué no has empleado el truco de decir que no has venido sola hasta aquí, y que la policía intervendrá si dentro de quince minutos tú no sales sana y salva?

—Porque ése es un truco ya demasiado viejo, Gino.

Y porque aún de haberlo empleado, vosotros no me hubierais creído.

—Naturalmente que no —rió Hans—. ¡La policía! ¡Creer nosotros en la amenaza de la policía!

Gino le partió los dientes pegándole con el canto de la mano, y Hans se puso a gemir y a aullar, mientras arrojaba sangre por la boca.

—¡Cállate ya, imbécil! Hans se calló.

—¿Cuál es tu misión? —preguntó Gino, mirando de nuevo a Sandra.

—Mi misión consistía en saber quiénes eran los jefes del contrabando de armas para Argelia y acabar con ellos. Supe que el jefe era Erna, y supe también que el tráfico se realizaba a través de Italia. Tuve que seguirla hasta aquí, y aquí la exterminé. Pero si bien mi misión quedaba concluida con ello, luego sucedieron cosas.

—¿Qué cosas?

—Vosotros lo sabéis tan bien como yo. La llegada de aquella tarjeta, la cual parecía indicar que Erna vivía aún, y la emboscada que se me organizó en la casa junto al Tíbet.

—Tengo entendido que te ayudó un tipo. ¿Quién era?

—Un traidor.

—¿En qué sentido?

—Tenía que capturarlo y llevarlo a Estados Unidos para que allí fuese juzgado en virtud de diversos delitos que cometió cuando era agente del FBI.

—¿Era espía ruso?

—No. En cierto modo fue un sentimental. Y los sentimientos se pagan en esta vida donde no hay que tener entrañas.

—Está bien. Comprendido hasta ahora. Pero a nadie nos gusta hacer más trabajo del que nos encomiendan. Si tú, después de liquidar a Erna, habías cumplido ya con las órdenes de tus jefes,

¿por qué no saliste de Italia inmediatamente? No me dirás que no tenías el vuelo preparado...

—Lo tenía, pero me di cuenta de que las órdenes que recibí de mis jefes habían sido incompletas. Con Erna no terminaba el tráfico, sino que había alguien superior a ella. Entonces decidí quedarme en Italia y resolver de una vez para siempre esta cuestión.

—¿Crees que somos nosotros la gente superior a Erna? —rió Gino ostentosamente.

—No. Vosotros sois simple carne de cañón. A vosotros os alquilan como se alquila un taxi. Vivís de vuestro gatillo, y la muerte no es para vosotros más que un accidente de trabajo. Pero nunca dirigís nada, ni tenéis cerebro para pensar en algo superior a vuestros apetitos.

—¿Sabes, nena, que cuanto más hablas más complicadas pones las cosas para ti? —preguntó el argelino.

—Es imposible tenerlas más complicadas.

El argelino fue a lanzarse sobre ella, pero Gino le detuvo:

—No te precipites. —Y a continuación siguió interrogando—: ¿Be modo que has llegado a la conclusión de que Erna era sólo un eslabón de la cadena y quieres llegar al cabo de ésta?

—Sí.

—¿Quieres saber quién dirige en Italia el tráfico de armas para Argelia y deshacer toda la organización?

—Ésa es la misión que me han encomendado. Y si no me la han encomendado yo me la he impuesto.

—Está bien. Frena el coche, amiga. Ahora ya vas en contra dirección. Has tropezado con algo más fuerte que tú y vas a dejarte el hígado en el camino. No descubrirás nada ni vas a exterminar nada. Ha llegado el momento de que te despidas de tus hermosos recuerdos.

—Supongo que tengo derecho a hacer una pregunta antes de que todo esto acabe, ¿no?

—No le veo la utilidad, pero hazla.

—¿Por qué destrozaste a golpes los rostros de aquellos tres muertos? Gino se puso a reír, pero sin ganas.

—No puedo contestarte a esa pregunta, cariño. Es una especie de secreto profesional. Pero si fueses algo lista lo adivinarías.

—Confieso que no puedo adivinarlo.

—En tal caso no te preocupes. Pronto desentrañarás este misterio. ¿No dicen que los muertos lo saben todo?

Hans se puso a reír la gracia, enseñando sus encías sangrantes. Pero a una mirada de Gino calló instantáneamente. Gino había llegado a ese extremo en que no era nada más que una fiera excitada por la proximidad de la mujer.

—Levántate —dijo a Sandra.

Sandra se levantó, y los ojos de los tres brillaron.

—Nunca he visto una mujer como tú... —dijo Gino.

—Lo celebro. Así sufrirás más cuando tengas que matarme. Las facciones de Gino estaban rojas.

Sandra lo vio avanzar. «De algún modo hay que morir», había sido siempre su lema y desde que correteaba por las calles de Harlem había pensado que la muerte, al fin y al cabo, no debe ser tan mala. Pero no una muerte así. No una muerte como la que le aguardaba entre las zarpas de aquellas tres fieras.

Las manos de Gino se acercaron poco a poco a ella, haciendo más angustioso y terrible el momento.

Y en aquel preciso instante una voz preguntó:

—¿Puedo entrar, amigos?

CAPÍTULO X

Lo malo de los sitios que no dejan llegar ningún sonido al exterior es que, desde el exterior, tampoco llega ningún sonido hasta ellos.

En la parte exterior de la joyería debía haber tenido lugar una pelea monumental y ni Gino ni sus dos compinches se habían enterado de nada.

Un tipo lleno de sangre de los pies a la cabeza apareció en el umbral, ante los ojos atónitos de los tres hombres. Era el argelino que poco antes abriera a Sandra la puerta exterior, y había sido machacado por los puños de algún gigante hasta dejarle el rostro materialmente convertido en pulpa. Detrás de él, sujetándole por las axilas, estaba Harry Morton.

Sandra no pudo evitar un grito:

—¡Harry!

—Te he estado siguiendo, muchacha. He aquí el porqué de mi desaparición. Un hombre que está en la sombra puede proteger mucho más que un hombre que está a la luz del día.

En su derecha empuñaba una pistola del nueve largo, y el dedo estaba tan cerrado sobre el gatillo que sólo una respiración más fuerte que las otras le hubiese hecho disparar.

Ni Gino ni sus compinches llevaban armas en las manos. Y se sintieron en este instante como ratas acorraladas.

Harry silbó:

—Tu pistola, Sandra.

Sandra fue hacia el bolso que estaba olvidado en un rincón. Hans trató de impedírselo, yendo a protegerse tras ella, pero los labios de Harry se fruncieron un poco y su dedo se cerró sobre el gatillo. Por uno de aquellos horribles ojos de Hans, que no tenían cejas, penetró la bala y recorrió todo su cráneo para salir por la nuca. Hans lanzó un gritito casi infantil y que hubiera sido cómico

de no mediar aquellas terribles circunstancias. Cerró los puños y cayó al suelo de bruces.

Harry repitió:

—Tu pistola, Sandra.

Mientras ella recogía el arma, Harry silbó:

—¿Alguno más quiere probar fortuna, hermanos? Hay balas para todos, y el primer maestro que tuve ya me enseñó a clavarlas en lugares donde molestan un poco antes de matar. ¿Gustan, chicos?

—¡Tú eres el cerdo que ayudó a Sandra a escapar de la casa junto al Tíbet! —masculló Gino.

Harry descendió la mano armada y se golpeó con ella sordamente el muslo.

—Jamón de la mejor calidad.

—¡Pagarás esto! —aulló Gino—. ¡Sabes que no podrás escapar de aquí! ¡Estás acorralado como una rata rabiosa!

—¿Sí, pichón?

Sandra tomó entre sus manos el bolso. Pero antes de que pudiera abrirlo empezaron a suceder cosas.

Aunque el tipo a quien Harry sostenía entre los brazos estaba ya agonizante, y no podía significar ningún peligro, sino que al contrario, servía a Harry como defensa contra posibles balazos, otro enemigo apareció entonces a su espalda.

Era un tipo alto y grueso, de unos cuarenta años, con toda la pinta del que está acostumbrado a mandar. Llevaba un revólver en la mano derecha y aplastó la culata con todas sus fuerzas contra la nuca de Harry.

Harry vaciló, y en ese mismo instante Gino y el africano saltaron sobre la muchacha. Ésta había logrado ya introducir la mano en el bolso. Empuñó la pistola y disparó a través de él, pero sólo logró rozar la cadera izquierda del argelino. Los dos hombres, como una marea bestial contra la que no se puede luchar, cayeron sobre ella. En confuso grupo rodaron por el suelo, pero al instante sólo quedó sujetándola el africano, mientras Gino sacaba su pistola y se disponía a apuntar a Harry.

Pero en esos breves segundos habían ocurrido cosas muy interesantes junto a la puerta.

Si hay que golpear a alguien en la nuca es mejor hacerlo con una pistola que con un revólver. La pistola puede destrozarle a uno la

cabeza, porque su culata es pesada, grande, y contiene un cargador. El revólver menos, porque la culata es como un añadido en él.

Harry había sentido un vivísimo dolor y había vacilado incluso, pero no perdió el conocimiento ni un solo segundo. Giró sobre sus tacones para que el próximo culatazo fuera a otro lugar distinto de su cabeza, como así resultó.

El próximo impacto lo recibió el argelino que sostenía entre los brazos, el cual ya no necesitaba más para morir.

Harry lo soltó, pegó a su enemigo un puntapié en el bajo vientre, con toda la fuerza de que fue capaz y, antes de que el otro reaccionara y lograra voltear la pistola, le sujetó el brazo, lo volteó por encima de su cabeza y le hizo soltar el arma, aunque la suya resbaló también.

Se lanzó sobre ella y vio, al fondo de la habitación, las facciones demudadas de Gino, que le estaba apuntando. Sandra gritó:

—¡Cuidado!

Harry dio una rapidísima vuelta sobre sí mismo, mientras la bala picoteaba las baldosas. Disparó a su vez, sin resultado, pero obligó a Gino a saltar. Harry se apoyó de espaldas en la pared, con las facciones bañadas por un sudor helado, y se encontró con una pistola en la mano ante Gino, que también tenía otra y le estaba apuntando.

La vida fue del más rápido.

Harry disparó dos veces, buscando puntos que mataran instantáneamente a su enemigo. Todos esos puntos que no dejaban realizar a la víctima ni un simple movimiento reflejo, los conocía bien. Gino no tenía en cuenta tantas cosas y apuntó al bulto, buscando no fallar. Harry se lo jugó todo en aquellos dos disparos.

Las balas perforaron la frente de su enemigo, que dio un salto, giró sobre sí mismo y murió con la sensación de que apretaba el gatillo. El propio impulso de Harry le hizo disparar otra vez, atravesándole el corazón. Luego miró a su alrededor con la expresión de una fiera hambrienta.

El argelino estaba muy ocupado con Sandra, mientras que el tipo que le acogotara por la espalda empezaba a dar nuevas señales de animación y gateaba en busca de su revólver.

Harry tenía todas las ventajas esta vez. Esperó a que el otro sujetara el arma, esperó a que el otro le mirase incluso y levantara

el revólver con una expresión de rabia.

—¡No te atreverás...! —gritó el hombre. Harry se atrevió.

Dos balas le atravesaron la cabeza. Harry siempre tiraba a la cabeza, porque uno se ahorra trabajo y no hace sufrir. El argelino se desembarazó en este momento de Sandra. Lanzó un grito y trató de llegar a la puerta. Sandra y Harry le cazaron a la vez. Dispararon dos balas cada uno y el argelino pareció bailar a cada impacto hasta que se desplomó definitivamente en el suelo.

Sandra guardó la pistola y musitó:

—Gracias.

—Ha sido un placer, *madame*.

Se levantó él también y examinó uno por uno los muertos. Ninguno ofrecía duda, puesto que habían sido cazados en puntos vitales, muriendo instantáneamente. El único al que tuvo que examinar con mucha atención fue el tipo al que entró sujeto por las axilas. Éste estaba materialmente hecho trizas, pero había resistido bastante. Sólo lanzó su último suspiro en el momento en que Harry se inclinó sobre él para auscultarle.

Cinco hombres muertos en la habitación. Ni Harry ni Sandra se impresionaron porque ya estaban habituados a aquellos espectáculos. Harry encendió un cigarrillo y lanzó el paquete hacia Sandra.

—Un cigarrillo a tiempo suele calmar los nervios. Ayúdame a registrar a estos huéspedes.

Sandra se calzó unos guantes extraídos de su bolso, y Harry hizo lo mismo. Juntos se pusieron a buscar la documentación de los muertos. Gino y sus dos compinches tenían en regla sus tarjetas de identidad y sus pasaportes, aunque con unas profesiones absurdas, ya que, por ejemplo, Gino era «corredor de objetos artísticos» y Hans «empleado de funeraria».

Luego, Harry llegó ante el que le había atacado por la espalda.

—Este tipo dijo: «No te atreverás», antes de morir. No sé por qué. Quizá sea un pez gordo.

—Regístralo.

Harry lo registró, y la primera cartera que extrajo de sus bolsillos produjo un chasquido con la lengua.

—¡Diablos! Esto no lo esperaba. Es un policía.

—¿Un policía? Y el documento es auténtico.

—Creo que no cabe duda.

—¿Y qué hacía aquí un tipo de esa clase?

—No lo sé. Puede que entrara desde la calle al oír casualmente algún rumor de lucha, y en tal caso ha muerto sin tener culpa alguna, puesto que únicamente querría averiguar qué era lo que ocurría aquí. Pero también puede ser que estuviese en el ajo.

—No me gusta lo que piensas, Harry.

—Ni a mí, pero hay que pensarlo todo. Retira los documentos de todos estos tipos y guárdatelos, incluso los del policía.

—Está bien, Harry.

—Ahora habrá que hacer una fogata.

Desnudó de su americana al argelino al que había traído sujeto por las axilas, americana en la que sus dedos manchados de sangre habían dejado huellas. La puso en el centro de la habitación, le volcó encima una botella entera de ron y le prendió fuego.

La americana ardió con dificultades, llenándolo todo de humo. Harry vació sobre ella dos botellas más, una de *brandy* y otra de ginebra.

—Será difícil que ahora encuentren huellas aprovechables —determinó cuando la hoguera se hubo consumido—. Vamos a lavarnos las manos, Sandra, y a ponernos presentables. Hay que salir pronto de aquí.

Había un lavabo cerca de la habitación. Sandra se lavó primero, y luego lo hizo Harry. No cambiaron una sola palabra. Se daban cuenta de que ahora existía un angustioso problema entre los dos.

Cuando estuvieron seguros de no llamar la atención en la calle, salieron, cerrando cuidadosamente la puerta. Había anochecido ya y las luces de la *Piazza Barberini* destacaban como hermosas luciérnagas en el cielo color púrpura. Harry dijo:

—Hay que poner tierra de por medio.

Tomaron un trolebús, el NT rojo, y descendieron cerca de la Vía della Argentina. Los dos estaban nerviosos y desasosegados después del peligro. Se sentaron en la terraza de un café. Junto a ellos pasaban hombres alegres, matronas respetables y mujeres hermosas. El horror de aquella pieza interior de la joyería parecía haberse perdido en el tiempo, como si hubiese existido dos siglos atrás.

Harry encendió otro cigarrillo.

—Hemos dejado las colillas allí, Harry...

—No hay peligro. Era tabaco italiano corriente. Y cuando hemos fumado la parte que ha quedado sin consumir, en las manos ya llevábamos guantes.

—En la vida nada es perfecto, Harry. Pudiste haber sido el mejor agente secreto de tu país y ahora...

—Ahora soy un tipo a quien te han ordenado eliminar, ¿no es así? Eso no me duele, Sandra, porque me he acostumbrado a perder. Pero no me gusta verte en esta ciudad, y al parecer no tienes el menor deseo de regresar por ahora a Estados Unidos.

Sandra aspiró la fresca brisa de la noche romana.

—Ésta es una ciudad maravillosa, Harry.

—¿Qué esperas hacer ahora? Erna está muerta. Todos los tipos que de cerca o de lejos tenían algo que ver con ella, también. ¿Qué esperas ahora?

—Esto es como la solitaria, ese repugnante bicho. No he extirpado todavía la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Hay alguien que mueve los hilos de todo esto, y aún no he dado con él. Eso es lo que quiero decir.

—Tus jefes no te mandaron tanto. Ese trabajo acababa con la operación de castigo que significó el exterminio de Erna y sus cómplices. No estás obligada a hacer más.

—No quiero tener que volver a Roma por este mismo motivo, Harry. El trabajo no está concluido, y cuando vuelva a Estados Unidos quiero que sea con la razonable convicción de que ya no tengo nada más que hacer.

—Está bien. Tú mandas. Yo, ¿no es verdad? soy algo así como tu prisionero.

—Gracias, Harry.

—¿A qué viene eso ahora?

—Has tenido sobradas ocasiones para escapar. De hecho estabas ya fuera de mi órbita de acción. Si has vuelto ha sido por tu propia voluntad, y, además, me has salvado la vida. Ahora ya no puedo tener moral para llevarte conmigo, Harry. En nuestra profesión no debe haber sentimientos, pero uno se resiste a rebajarse tan al nivel de las fieras.

—Tú cumple con tu deber, Sandra. Yo soy lo bastante mayorcito para escaparme si me conviene. Pero puede que tu compañía me

sea tan irresistible que no pueda pasar sin ti.

—No tienes sentido del humor, Harry.

Bebieron rápidamente sus consumiciones. Los dos habían pedido una arangiata porque tenían la boca completamente seca. Y ya no hablaron más porque cualquier palabra sólo conseguiría recrudecer su problema.

Harry preguntó al fin:

—¿Dónde piensas alojarte?

—No lo sé. Estoy aquí cometiendo una imprudencia. Parte de la policía de la ciudad debe estar dedicándose a buscarme en estos momentos.

—Y todos los hoteles y pensiones estarán «marcados». Lo más aconsejable es que vuelvas al bar de Giulio.

—Quizá sí. Pero ¿qué vas a hacer tú?

—Yo iré contigo.

Harry pagó, se levantaron los dos y tomaron un taxi, a cuyo conductor dieron una dirección situada a cuatro manzanas de distancia del bar.

Para llegar hasta él atravesaron un dédalo de callejas.

Giulio les vio, pero no hizo nada que pudiera llamar la atención. Se limitó a colocar sobre el mostrador un vaso, y al lado dos más. Harry entendió perfectamente.

—Arriba hay cuatro habitaciones, muchacha —susurró al oído de Sandra—. La una y la dos son las que tenemos que ocupar nosotros. Es el sistema de Morse más sencillo que he visto en mi vida.

Subieron los dos juntos, y al pasar por el altillo Sandra pudo ver al intelectual que le dejara su tarjeta la noche anterior. No miraba a ninguna parte excepto a unas enormes cuartillas de papel que febrilmente estaba llenando de versos.

CAPÍTULO XI

Al cabo de unos instantes, Giulio llamó discretamente con los nudillos a la puerta de su habitación.

—¿Necesita más ropa? He visto que la que lleva puesta está ya algo arrugada y no demasiado limpia.

—Tiene motivos para estarlo. Pero ¿de dónde va a sacar usted más ropa? ¿Es que tiene un almacén?

—Algo parecido. Después de la guerra fui apoderado de varias artistas, y lo único que me quedó del negocio fueron los vestidos que ellas no quisieron llevarse.

—Tráigame algo, pues, Giulio. Gracias. Y a su gusto.

Giulio le trajo un traje chaqueta negro que se amoldaba perfectamente a sus formas y, además, más ropa interior, zapatos y hasta un collar de bisutería. Sandra una vez estuvo sola de nuevo, empezó a cambiarse.

Mientras lo hacía iba pensando en los últimos sucesos.

Era evidente que un punto neurálgico del tráfico ilegal de armas para Argelia radicaba en Italia, y más concretamente en Roma. Alguien que tenía influencia en los puertos del Sur recibía los cargamentos y los reexpedía en barcos ligeros para la cercana costa argelina. Ese alguien era la cabeza de la organización, y Erna, Gino y los otros no eran más que vulgares ayudantes. Si estaban en Italia era porque, según había oído Sandra, se preparaba un cargamento gigante, algo que sería embarcado para alguna secreta playa argelina y serviría para armar a todas las tribus de las montañas.

¿Quién era aquel «alguien»? Aquí se detenían los pensamientos de Sandra.

Podía ser cualquier persona desconocida, o incluso el policía que golpeó a Harry por la espalda en el último momento.

Podía ser Giulio quien, en combinación con Harry, la tendría así debidamente vigilada.

Incluso el hecho de que Harry hubiese podido seguirla se explicaba mejor con la complicidad de Giulio, quien durante toda la noche no había dejado de pasear por delante de su puerta.

Podía ser Harry, cuyos medios de vida no estaban nada claros, y cuya actitud actual se explicaba si lo que quería era ir eliminando cómplices que ya no le eran interesantes.

Podía ser alguien con quien no hubiese establecido contacto aún, pero que la vigilaba discretamente.

Los pensamientos de Sandra se negaban a avanzar ya más por esta senda de tinieblas. Llamaron nuevamente a su puerta, y la muchacha abrió. Era Harry.

Una estrecha sonrisa flotaba en su rostro bronceado, al que el alcohol y aquel infesto cuarto del Anzio no habían logrado arrancar su expresión joven y atlética.

Sandra, un poco confundida, pues no le gustaba encontrarse sola en una habitación con un hombre como Harry, se hizo a un lado para dejarle pasar.

—Entra, Harry, y siéntate. Estaba terminando de arreglarme.

—Podrías cobrar la entrada a diez mil libras y habría cola en la puerta.

—Pero tú no has venido por eso, Harry.

—No.

Se acercó a la mesita de centro donde estaba el bolso de Sandra y lo sostuvo en su mano derecha.

—Quiero que me des toda la documentación que has guardado antes. Eso y la que recogiste de los cuerpos de Erna y sus dos amiguitos.

—Tú no llevas este caso, Harry —se opuso ella volviendo la cabeza con rapidez—. Me has salvado la vida, pero por otro lado sabes perfectamente cuáles son las normas de nuestra profesión.

—En este caso no me importan.

—¿Te das cuenta de que con esto te conviertes casi en un sospechoso?

—Me he pasado toda la vida siéndolo. Toma. Y no intentes sacar la «Luger» porque conmigo no valen esa clase de bromas.

Sandra tomó el bolso en el aire, lo abrió y fue sacando documentos uno a uno y como sin mirarlos, pero reservó en el fondo, junto a la «Luger», una pequeña libretita de notas de Erna

que había examinado ya sin encontrar nada interesante.

Podía ser que Harry pretendiera ayudarla y podía ser que pretendiera enterarse de las pruebas que ella tenía en sus manos.

—Toma.

—¿No queda nada?

—¿Quieres mirarlo tú mismo?

—No es necesario. Hace poco que nos conocemos, pero me pareces una chica muy de fiar, Sandra.

Tomó los documentos que ella la ofrecía, los guardó en un bolsillo de su americana y con un seco «Gracias» se dirigió hacia la puerta. Antes de que llegara a ella, Sandra musitó:

—Harry...

—¿Qué quieres?

—No voy a llevarte a Estados Unidos. Diré que no te pude encontrar. No es necesario que recurras a ninguna clase de astucia si quieres marcharte de Roma; puedes hacerlo tranquilamente.

—No iba a largarme, muchacha. Roma me gusta.

—También quiero decirte otra cosa, Harry.

—Dila.

—Tú has sido un hombre y yo he sido una mujer, a pesar de todo. Por muchos años que viva siempre recordaré esto.

Hubo como un brillo de emoción en los ojos de él, pero tan leve, tan leve...

—Gracias. Vive muchos años, muchacha. Salió y cerró la puerta a su espalda.

Sandra, en cuyos ojos había por primera vez una expresión de desaliento y de pena, tomó en sus dedos la libretita de notas, fue junto a la luz y se puso a repasarla.

Ya lo había hecho así la noche anterior, observando que todas las notas se referían a personas que habitaban en Argel o a actividades que había que desarrollar en el continente africano. Parecía como si aquella agenda no hubiese tenido en Italia la menor utilidad.

Incluso los teléfonos eran todos argelinos.

Sandra iba a depositar aquella libretita sobre la mesa, abandonando el examen, cuando algo le llamó la atención.

Uno de los teléfonos correspondía a una dirección de Argel, que estaba señalada a continuación, y a un nombre: Compañía de

Maquinarias Bucker.

Como un relámpago, un recuerdo pasó por la mente de Sandra. Era algo muy inconcreto y que no tenía la menor utilidad, pero ella recordaba haber visto en Roma, mientras recorría la ciudad por la mañana, un establecimiento llamado también Compañía de Maquinarias Bucker.

¿O quizá no lo había visto? Sandra creía que sí. Durante unos segundos, mientras esperaba para dejar paso a un camión, Sandra había tenido aquel rótulo ante los ojos.

¿Qué tenía que ver Erna con una compañía de maquinaria de Argel que también existía en Roma?

Quizá se tratase de una alucinación, de todos modos. Sandra podía haber visto en Ámsterdam lo que creyó haber visto en Roma. Conocía ya medio mundo, y muchas veces los detalles de las ciudades se confundían en su mente.

Pero esto iba a comprobarlo muy pronto.

Dejó la libretita sobre la mesa, y salió de la habitación. Giulio estaba allí. Parecía su sombra:

—¿Necesita algo, Sandra?

Ella le envolvió en una mirada recelosa.

—No, gracias. Sólo un listín telefónico.

—Lo encontrará en el primer altillo. El teléfono está allí.

Sandra fue al lugar indicado, abrió el listín y lo consultó rápidamente. Había en Roma efectivamente, una Compañía de Maquinarias Bucker. El teléfono coincidía con el de la agenda, que Sandra retenía en la memoria.

Cerró el listín y se dispuso a volver a su habitación, con la creencia de tener ya el principio de una lista. Pero en aquel momento notó que alguien estaba a su espalda.

Se volvió. Era el intelectual, el poeta.

Sus manos blancas, muy unidas, parecían orar en la penumbra. Sus ojos tenían una rara expresión de pena y de condolencia, como si lloraran por todos los dolores del mundo.

—La he estado examinando, *signorina* Sandra —farfulló.

—¿Sí? ¿Y ha observado algo interesante?

—Que está usted preocupada. Muy preocupada, *signorina* Sandra. Yo, que conozco a todo el mundo en Roma, podría hacer algo por usted.

—Nadie puede hacer nada por mí. Y además no es cierto que estuviese preocupada.

—Desearía poder ayudarla.

—¿Porque le parezco hermosa? Si es así póngase gafas, y perdone la brusquedad de la frase. Hay en Roma docenas de muchachas más bonitas que yo.

—En una mujer no hay que mirar sólo el que sea bonita, sino que además debe resultar interesante.

—Gracias por sus alabanzas. Buenas noches.

Sandra se hizo a un lado, pasó y dirigió una mirada de soslayo a las cuartillas que el hombre había estado llenando de menudos y apretados versos. Fue a seguir adelante y de repente tragó saliva. Un pensamiento electrizante había pasado por su cerebro.

¿No sería aquél el cerebro director de todo? ¿No sería ése el hombre que dirigía todo el tráfico clandestino de armas, y que la estaba vigilando como el gato vigila al ratón?

No había conseguido tragar saliva aún. Cuando lo consiguió, ésta le supo amarga.

Fue a su habitación y se encerró en ella. Pero inmediatamente, al entrar, notó algo raro.

No supo qué era hasta que dirigió sus ojos hacia la mesita donde poco antes depositara la agenda.

Ésta había desaparecido.

Sandra introdujo la mano en el bolso y palpó la «Luger». Se sentía así más tranquila, más completa. Vio que en la habitación no había nadie y que todo se hallaba en perfecto orden, como cuando ella salió.

Sin embargo, alguien había entrado allí para arrebatarse la agenda, abierta precisamente donde estaba la inscripción de Compañía de Maquinarias Bucker. Alguien que sabía ya tanto como ella, si era lo bastante listo para atar cabos y pensar por su cuenta.

Giulio y Harry eran los que más fácilmente podían haber hecho aquello. No había que descartar al poeta, pues Sandra no le prestó atención mientras examinaba la guía telefónica. Pero Giulio y Harry eran los que más fácilmente podían haber hecho aquello.

La desaparición de la agenda, por otra parte, indicaba que aquella pista muy bien podía ser la auténtica. E indicaba también que no se podía perder un minuto.

Sandra examinó el fondo de su bolso, donde llevaba las balas. Sólo quedaba medio cargador. Tenía que arreglarse con él o dejarlo todo. Pero no podía dejarlo.

Fue de nuevo hasta el altillo donde estaba el aparato telefónico, sin tropezarse esta vez con nadie, y marcó el número del enlace que le habían asignado en Roma. Éste, con voz aburrida, preguntó:

—¿Qué quiere, Sandra?

—Prepáreme salida.

—¿Cuándo? Hay un avión a las dos de la madrugada. Es el último.

—Conviene.

—¿Cuántas plazas?

Sandra se mordió los labios.

—Dos.

—Bien. Búsqueme en el aeropuerto, quince minutos antes. Corto.

—Gracias.

Sandra colgó el auricular y salió a la calle. Hacía un vientecillo fresco, demasiado fresco. Alguien que estaba junto a la puerta lanzó un silbido de admiración. Sandra echó a andar, e inmediatamente tuvo la sensación de que alguien la seguía.

Al llegar a una zona donde la luz no era tan intensa, porque se había extinguido el resplandor de los anuncios de neón, aquel alguien llegó hasta la altura de Sandra y la sujetó por un brazo.

La muchacha se volvió. Era aquel poeta cuyo nombre desconocía. Tenía el mismo aspecto blanco y enfermizo, pero algo había cambiado en sus ojos, que eran duros, agresivos y de mirada firme. Algo había cambiado también en sus manos, que ya no eran las de un intelectual sino las de un hombre de acción que hasta entonces hubiera querido ocultar su fuerza.

—Le ruego que me escuche —dijo él, hablando ahora en un perfecto inglés.

—Ya veo que ha adivinado mi nacionalidad. No le habrá sido difícil por el acento. Le estoy escuchando.

—Estoy aquí para protegerla.

—Me lo ha dicho ya, pero debo confesarle que no le comprendo.

—Quizá lo comprenda cuando conozca mi identidad. No soy un mentecato que se dedica a escribir versos, por supuesto. Ni un

sentimental que va sin ningún objeto detrás de las mujeres. En este caso tengo una misión bien definida y la estoy cumpliendo.

—¿Quién es usted?

—Soy el coronel Zera, de la policía italiana.

Sandra tuvo un estremecimiento, pero lo dominó. «El juego del gato y el ratón. Sabe todo lo ocurrido, lo mismo en la casa junto al Tíbet que en la joyería. Se está riendo de mí antes de detenerme».

Zera sonreía, mostrando unos blancos y afilados dientes.

—Usted es una agente extranjera en nuestro país —dijo mirándole a los ojos—, y se ocupa de una misión que afecta por igual a nuestras dos naciones. En esta circunstancia, he recibido orden de prestarle mi cooperación y protegerla.

—No es éste el modo usual de comunicar una cosa así.

—Tampoco su comportamiento es el usual, Sandra. Lleva usted una vida aventurera y extraña, imposible de controlar. No he podido localizarla más que en el bar de ese tipo sospechoso, de Giulio, donde para no llamar la atención he asumido un papel inofensivo y hasta un poco vergonzoso. Creí que usted se daría cuenta de que aquello no era natural, pero ha permanecido indiferente.

—No esperaba ayuda de nadie. Y ahora una pregunta: Giulio tiene aspecto de conocer a todos los policías de la ciudad. ¿Cómo es que no se ha dado cuenta de quién era usted?

—No pertenezco a la plantilla de Roma.

—¿Cómo sé que esto no es un engaño?

—En muy mala situación se encontraría usted si esto fuese un engaño, Sandra. Significaría que ya estaba prácticamente en poder de esos traficantes. Pero para quitarle esos escrúpulos, voy a enseñarle mis credenciales.

Lo hizo. La documentación era auténtica. Sandra conocía a simple vista los documentos legítimos de identidad de la policía de cualquier país en que hubiese de operar.

Aquello significaba la eliminación de Zera como sospechoso y la elevación casi definitiva de Harry al capitel de los culpables. Porque sólo por la actividad de Harry podían explicarse algunas de las cosas ocurridas.

Suspiró y dijo:

—Es extraño que no se me dieran instrucciones de ponerme en

contacto con usted.

—¿Recibió órdenes directas antes de llegar a Italia?

—No.

—Las órdenes habrán llegado después. Consulte con su enlace.

—Acabo de hacerlo para pedir mi salida del país.

—Vuelva a consultarle. Hay montañas de teléfonos públicos por aquí cerca.

—No es necesario. Si he comunicado al enlace que iba a salir del país, es muy posible que haya creído oportuno no decirme nada.

—¿Necesita usted ayuda, Sandra? Dispongo de hombres para protegerla si lo cree necesario. Son hombres especializados en no llamar la atención. Pero pueden hacer cualquier cosa.

—Gracias, coronel, pero si algo he de hacer aún, puedo hacerlo sola. ¿De qué modo conseguiré ponerme en contacto con usted si es necesario?

—Telefonee a Giulio y pregunte por Zera.

—Bien, así lo haré. Y ahora gracias, coronel. Buenas noches.

Le estrechó la mano, sin dejar de sentir clavada en los suyos la mirada penetrante de aquellos ojos.

—¿Me permite decirle una cosa, Sandra?

—Dígala.

—Es usted demasiado bonita y demasiado joven. Lamento profundamente ambas cosas.

Soltó su mano y se alejó presurosamente, confundiendo entre la multitud. Sandra pensó en Harry y se mordió los labios hasta hacerse sangre.

La Compañía de Maquinarias Bucker ocupaba un local en una calle solitaria y apartada cercana a Santa María Maggiore. El local era de una planta y había en él dos entradas, las dos consistentes en puertas metálicas cerradas cuidadosamente.

Eran las once de la noche cuando Sandra llegó allí, y en la calle no había prácticamente nadie, pues el apacible otoño romano ya estaba siendo barrido por los primeros fríos. Sandra intentó abrir una de las dos puertas con la llave maestra que llevaba siempre consigo. La cerradura no era difícil, y cedió a las primeras maniobras.

Sandra se encontró en un inmenso local oscuro donde había varios cajones enormes, con mimbres marcados al fuego de

compañías norteamericanas. Según los rótulos, aquellos cajones contenían linotipias y material de imprenta, pero podían perfectamente contener ametralladoras, morteros e incluso piezas de cañón de pequeño calibre. En un país donde no había guerra, como Italia, resultaba un juego de niños hacer entrar aquellas cajas sin que la aduana las abriese, dada la complejidad del embalaje. Los aduaneros solían conformarse con las listas de embarque. En Argelia ya debía ser muy distinto, pero resultaba evidente que aquellas cajas debían ser desembarcadas en cualquier playa solitaria, pasando directamente a poder de los guerrilleros. La sucursal de la Compañía en Argel no debía ser más que una pantalla, muy necesaria en determinados casos.

Sandra lo comprendió todo perfectamente mientras avanzaba por el inmenso almacén. Podía hacerse cargo de la importancia del tráfico por el gran número de cajas depositadas allí. Y, según sus cálculos, la persona que dirigía todo aquello solo podía ser una, cuyo nombre conocía perfectamente.

No se sorprendió en absoluto al oír la voz de Harry.

—Te esperaba, Sandra.

No, no se sorprendió en absoluto. Sólo sintió en el corazón una pena devoradora y sorda.

Harry sonreía mientras hacía oscilar unas llaves sujetas por una cadena al índice de su mano derecha.

—No eres tonta, Sandra. Adivinaste enseguida que de aquella libreta de direcciones de Erna sólo ésta tenía significado. Y no has perdido el tiempo. ¿Para cuándo tienes preparada la salida de Italia?

—Para las dos de la madrugada. He de ponerme en contacto con el enlace quince minutos antes.

—Entonces no te sobra tiempo, Sandra.

La luz lunar, penetrando por una claraboya, los alumbraba confusamente a los dos. Harry seguía sonriendo, y Sandra se sorprendió al oír en la oscuridad el sonido de sus propios dientes que entrechocaban.

—Lárgate, Sandra —dijo Harry—. Te lo advierto por tu bien. Lárgate al aeropuerto y estate tomando calmantes hasta las dos de la madrugada. Eso no es para ti, Sandra. No debiste haber llegado tan lejos.

—Tampoco es para ti, Harry. Y he llegado tan lejos como mi deber me lo ordenaba.

—Has sido la única mujer que me ha interesado un poco, Sandra. Por eso hablo así. Antes de ti ninguna mujer, después de ti ninguna otra... Siento que te pongas terca, Sandra, lo siento mucho. Sería lamentable que al salir de aquí estuvieses con los ojos cerrados.

Temblaron las manos de la muchacha. No podía soportar a los traidores, y mucho menos a los traidores cínicos. Se abalanzó sobre Harry, pero éste la sujetó con ambos brazos, la rechazó hasta hacerla dar de espaldas contra una de las cajas y luego la volvió a estrechar junto a sí y la besó en la boca.

Al soltarla, Sandra tenía la sensación de que se estaba ahogando.

—¡Miserable! —gritó—. ¡Miserable...! Él dijo solamente:

—Lo siento, Sandra. No debiste haber venido. Ya he dicho que esto no era para ti.

—Ni para ti, amigo.

La voz había sonado a su espalda. Los dos se volvieron al mismo tiempo, mientras oían un chasquido metálico. La puerta acababa de cerrarse detrás de tres hombres, uno de los cuales era Zera.

Los tres empuñaban pistolas automáticas.

—Por una vez —musitó Sandra—, me alegra recibir ayuda. Fue a avanzar hacia Zera, pero Harry gritó:

—¡Quieta, Sandra!

Sonó un «tlap» como un taponazo en el silencio del almacén. Sandra sintió que algo silbaba junto a ella, y en ese instante cayó como si la hubiese aplastado un enorme peso.

Tardó en darse cuenta de que Harry estaba sobre ella y de que la arrastraba aullando tras uno de los cajones en que se guardaban las armas. Dos nuevos taponazos se oyeron en el local. Zera empezó a dar órdenes en francés, y por ello adivinó Sandra que los otros dos tipos eran argelinos.

Fue como si hubiese recibido un mazazo en el cráneo. Trató de revolverse, y Harry la dominó con su cuerpo. En su derecha había aparecido un revólver «Colt» de calibre pesado, también provisto de silenciador.

—Es regalo de Giulio —masculló—. Giulio es lo que se llama un tipo bueno.

Sandra había sacado su «Luger», que ahora temblaba en su mano como si la muchacha hubiese perdido toda su serenidad.

—No dispaes si no es indispensable. No nos conviene armar un alboroto después de lo que ha ocurrido.

Se puso en pie y se pegó a la caja. Una bala arrancó astillas de la madera. Harry comprendió que sus tres enemigos se habían distribuido bien.

Hizo entonces algo inesperado.

Dio un salto y trepó sigilosamente a la parte alta de la caja, que por ser tan pesada ni siquiera se movió. Desde allí vigiló la penumbra, mientras su revólver trazaba un suave círculo de muerte.

Vio a uno de los argelinos correr para buscar un sitio mejor. Harry lo inmovilizó de un disparo en la cabeza. El argelino cayó hacia atrás pensando que había tropezado con algo, sin darse cuenta de que moría.

A continuación Harry saltó al suelo por la parte posterior de la caja, puesto que ya había descubierto su situación y no podía seguir allí. Vio a Sandra bien oculta, dispuesta a disparar.

No cambiaron una sola palabra. Harry se lanzó de bruces al suelo y empezó a reptar por él. Sus dos enemigos restantes no disparaban. Aquella lucha de hombres se había convertido en una lucha de ratas que se observaban en la oscuridad.

Extrajo una bala de su bolsillo y la lanzó al centro del espacio vacío que tenía delante. La bala tintineó, y dos armas nerviosas lanzaron plomo hacia aquel espacio. Harry disparó frenéticamente tres veces contra el tirador que tenía más cercano. Una silueta se despegó de entre las sombras, vaciló y cayó gimiendo en el centro del espacio vacío. Apenas un minuto después había quedado completamente inmóvil.

Zera estaba acorralado. Harry comprendió que ahora procuraría llegar a la puerta saltando de caja en caja.

El atraparle era una simple cuestión de paciencia. Otra vez el juego del gato y el ratón. Se hizo un silencio espantoso, absoluto en la gran nave poblada por las sombras. De la calle no llegaba tampoco ningún rumor, y parecía como si los tres protagonistas del drama estuviesen solos en una isla desierta. Y de repente se oyó jadear a Sandra que lloraba en la oscuridad.

Por primera vez Sandra no era más que una mujer sola, una

mujer que gime, una mujer que siente.

Harry no quiso oírla. Harry no quería que Sandra fuese una mujer. Sus ojos se entrecerraron mientras observaba las tinieblas.

Y de repente Zera saltó. No corría hacia la puerta, que estaba demasiado lejos, sino hacia Sandra. Sandra era la carta que había decidido jugar, empleándola como escudo para su fuga.

Harry saltó hacia delante, gimiendo como un animal herido, sintiendo algo que no había sentido jamás, mientras Zera disparaba furiosamente.

Tres taponazos más se escucharon en el local. Zera llegó a espaldas de Sandra. Fue a lanzarse sobre ella.

Y en ese instante Harry lo exterminó de un solo balazo en la nuca.

El local olía a pólvora, a sangre. Harry guardó el revólver humeante y se dirigió hacia Sandra, que seguía llorando. Al levantarse ella, sus lágrimas rozaron las mejillas del hombre.

—Asunto concluido, Sandra —susurró—. Vámonos de aquí.

Salieron, cerrando Harry la puerta de un golpetazo. La calle estaba tan silenciosa como antes, tan silenciosa y serena como toda la noche romana. Estrechamente enlazados caminaron unos pasos los dos.

Luego, sin que ella le preguntara nada, Harry explicó:

—Fui yo quien te robó la agenda. Te había pedido aquella documentación para tratar de averiguar algo y adelantarme a ti, porque ese trabajo era demasiado peligroso para una mujer, y yo, ¡qué diablos! ya estaba cansado de no ser útil a nadie. Oí que salías y me introduje en la habitación, viendo la agenda sobre la mesa. Me la llevé, y después de examinarla creo que los dos hemos llegado a la misma conclusión.

—No hablemos de eso ahora, Harry... —musitó ella.

—¿Por qué no? Es ahora cuando debemos aclararlo todo. Zera, que pertenecía, a la policía de puertos, gozaba de extraordinarias facilidades para recibir las armas y hacerlas reembarcar con destino a Argel. Ese cargamento que acabamos de ver en el almacén de maquinarias era uno de los más importantes, y debe valer una auténtica fortuna. Erna era la única que conocía a Zera y estaba junto con Gino, encargada de ponerse en contacto directo con él, dada la importancia de ese envío. Pero tú la mataste, junto con sus

compañeros, y entonces Gino, que vigilaba la casa, hizo algo que debió habernos hecho comprender que el jefe de todo aquello tenía algo que ver con la policía. Destrozó los cuerpos hasta hacerlos irreconocibles. Quería que Zera, que estaba en la policía, no supiese quiénes eran los muertos y no se asustara. A Gino le interesaba mucho esto porque de ese modo pasaba a ser el jefe de la operación, en lugar de Erna, y este envío significaba muchos millones de libras. En cambio, si Zera se asustaba y decidía retrasarlo... Gino, en resumen, hizo una jugada rápida y precisa, al desfigurar a los muertos y avisar a la policía diciendo que se había cometido un triple crimen en la casa junto al Tíbet, y que los autores eran una banda armada. Por eso vinieron tantos agentes. Y arregló la habitación donde habían tenido lugar los hechos para que, si Zera la examinaba, no hallase ningún indicio de que Erna había estado allí.

—Pero los cadáveres podían ser reconocidos mediante prácticas de laboratorio... —Opuso Sandra.

—Lo serían cuando ya el cargamento estuviese embarcado en Nápoles o en Ostia. Gino jugaba con el tiempo. No le importaba que Erna, su prometida, hubiese muerto, si le podía sacar más beneficio de aquella situación. El trabajo de eliminarte lo dejaba a la policía, aunque le salió mal.

—¿Y Zera?

—Zera estaba perplejo. Erna no se ponía en contacto con él, y llegó a la conclusión de que tenía que ser la muerte hallada junto al Tíbet. Envío a un agente cómplice al refugio de Gino justamente cuando nosotros estábamos allí, y tuvimos que matarle. Otro detalle que tenía que habernos hecho comprender la identidad del jefe. Y aún hay otro más: La única persona que me vio bien en la casa junto al río fue el policía con el que peleé bajo la ventana. Debí hacer mi descripción y Zera la conoció gracias a su cargo. Él fue más listo que los otros y me identificó, pues soy bastante popular en los medios deportivos de Roma. Supo mis costumbres y llegó a la conclusión de que valía la pena vigilar el bar de Giulio. Lo hizo personalmente, puesto que ésa era una misión muy delicada y en la que lo comprometía todo. Él era un perro, pero los policías italianos son honrados. Cuando se convenció de que tú eras la persona que había eliminado a Erna, decidió eliminarte a su vez, pero primero hizo que sospecharas de mí por si nos baleábamos mutuamente.

Demasiado sabe él cómo se gastan las balas en esta clase de trabajos. Finalmente, te siguió hasta aquí, hasta el almacén de maquinaria, donde yo ya me encontraba para tratar de resolver la situación sin que tú corrieras peligro.

Sandra le miró a los ojos.

—¿Y todo esto por qué, Harry? ¿Por qué...?

—¿No lo has adivinado aún?

Se detuvieron en la calle y la besó en la boca.

—Ahora vamos al aeropuerto, muchacha, Te acompañaré. Doy por supuesto que has encargado dos plazas.

—Sí, Harry, pero... ¿te atreves a venir?

—¿Y por qué no? ¿Cómo voy a dejarte sola?

—Haces bien, Harry, porque después del informe que voy a presentar ¡cualquiera se mete contigo!

—La que tendrá algunas dificultades para esclarecer esto será la policía italiana —sonrió él—, pero les ayudará mucho ver el contenido de aquellos cajones e informarse bien sobre las actividades de Zera. ¿Vamos al aeropuerto, Sandra?

—Vamos, Harry. Redactaré el informe durante el viaje... si tú no me molestas con tus besos.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

